3 0081 013 270 941

JOINT UNIVERSITY
LIBRARIES

NASHVILLE, TENNESSEE

PJ
487
.B5
v.4

723056

Date Due

DEMCO NO. 38-298

CUENTOS ORIENTALES

LAS PROMESAS DEL INGRATO

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO-ESPAÑOLA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL, - DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

VOLUMEN IV

LAS PROMESAS DEL INGRATO

BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

El príncipe que todo lo dió.
El visir resucitado.
El herrero y el califa.
Las promesas del ingrato.
¡Guisantes! ¡Guisantes!
Los cuatro talismanes.
Las ruinas del molino.
¡Los muertos vuelven!

CUENTOS ORIENTALES

LAS PROMESAS DEL INGRATO

SEGUNDA EDICIÓN

CON CENSURA ECLESIÁSTICA

MADRID
E. MAESTRE, — EDITOR,
CALLE DE LAS POZAS, 12.
TELÉFONO 13713.

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

Dr. Jesús García Colomo,

Censor.

IMPRÍMASE

Dr. J. Francisco Morán,

Vic. General.

Madrid, 20 de noviembre de 1929.

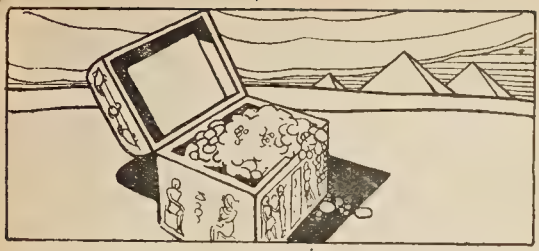
ES PROPIEDAD

JOINT UNIVERSITY LIBRARIES NASHVILLE, TENN.

Imprenta Ibérica, Pozas, 12. — Teléfono 13713. — Madrid.

PJ
7184
.A3
v.2

723056



LAS PROMESAS DEL INGRATO

La obra más generosa y humana del gran sultán de Egipto, Almálic Annásir, fué el célebre hospital llamado del *Moristán*, o sea, la casa de locos, establecida en el Cairo. En aquel lugar benéfico arrastraba sus tristes horas un pobre loco, que había sido, mientras tuvo uso de razón, personaje notable, y cuya vida había tenido un pasado de leyenda.

Llamábase Náquir, que quiere decir tanto como *ingrato;* era natural de Damasco y pertenecía a ese género de hombres que ta-

---

Inspirado en los *Cuentos de El Mohdí,* edición Marcel, París, 1835, vol. II, págs. 138 y sigs. Compárese con el cuento del *Conde Lucanor,* de D. Juan Manuel, «Don Illán y el mágico de Toledo».

chan siempre de injusto a su destino, y que, si miraran las cosas del mundo con los ojos libres de toda ceguera e ilusión mentirosa, habrían de confesar sinceramente que ellos solos se labraron su infelicidad y su desgracia. Los errores en su conducta y los gérmenes letales profundamente arraigados en su corazón, no arrancados a su debido tiempo, lo habían llevado a tan lamentable situación, como es la de un loco de atar.

Turbulentamente apasionado, no supo enfrenar a tiempo sus apetitos, y nada le pareció sagrado para detenerse en la satisfacción de sus deseos y caprichos. Había tenido una avaricia inextinguible para amontonar riquezas y más riquezas, a la vez que no podía sustraerse al placer irresistible de gastar pródigamente aquel dinero tan codiciado antes de adquirirlo. Y sobre todas las pasiones de su alma había dominado siempre el más duro y sórdido egoísmo, la insidia más baja y rastrera, vicios que le atrajeron la enemistad de todos sus conocidos.

Todos los sentimientos nobles de su corazón habían sido ahogados por una ingratitud casi instintiva, tan arraigada y tan

profunda, que nadie recordaba haber visto jamás en él la más mínima muestra de reconocimiento hacia las personas cuyos servicios y dones recibiera. Nunca vibró en su alma la fibra sensible más que para lamentar lo que él creía humillación al recibir un beneficio, o excitar la envidia más extrañamente injusta hacia el bienhechor. Era, realmente, un ingrato.

Dice un antiguo refrán: «Sujeta los cuernos de los toros con cuerdas, y ata los corazones de los hombres con beneficios»; pero en Náquir, los lazos de la cortesía, que suelen producir sentimientos caballerosos, parecían grillos insufribles de presidiario. Desde niño había mostrado tal sequedad en su alma egoísta, que cuando le hacían algún regalo según la costumbre corriente, apenas si balbuceaba alguna palabra para aparentar gratitud, y se quedaba pensando en lo que hubiera podido recibir de haber sido mayor la munificencia del donante. En su ciego egoísmo, creía merecerlo todo y no deber nada a los demás en justa correspondencia; tachaba de tacaños a sus bienhechores, por juzgar que no llegaban en sus favores a la medida en que él se estimaba;

tenía para ellos más odio que para las personas indiferentes que no le hacían caso.

Muy joven todavía perdió a su padre, con lo cual desaparecieron todas la probabilidades de enmienda del carácter por la educación. Y el padre, durante la niñez de Náquir, no se había ocupado en su hijo, pensando hacerlo en los años próximos a la pubertad, y en vez de darle lecciones de severa educación, se dedicaba por completo al comercio más atrevido. El temor natural que su padre le inspiraba le acostumbró al arte de disimular y fingir, y desde muy niño supo ocultar cuidadosamente los deseos que encendían su alma, esperando edad y ocasión para desbordarse.

Sus compañeros de juegos y travesuras lo conocían bien, y lo nombraban siempre con los remoquetes de *Jabit* (criminal) y de *Náquir* (ingrato); este último apodo cundió por la ciudad y llegó a sustituir su verdadero nombre de familia.

Por otra parte, el ejemplo que su padre le daba con su propia vida, no era el más a propósito para que se corrigiera: hombre avaricioso y desenfadado, todo lo posponía a su afán de enriquecerse. Había hecho víc-

timas de su codicia a sus propios hermanos, y decía anhelar tan vehementemente las riquezas, por el deseo de restituir lo que a aquéllos había quitado. Nunca le parecía haber llegado a un grado de opulencia suficiente, después del cual esperaba gozar tranquilamente de la vida.

Mas la muerte vino antes de realizar tales propósitos. Antes de morir, reconoció que su insaciable avidez de riquezas había causado su desgracia, y dió a Náquir prudentes consejos acerca del freno que debía poner a los deseos el que desea ser feliz; le encargó emplear con moderación las riquezas que le dejaba, y le recalcó mucho que no las adquiriera jamás por medios ilícitos. Y murió con la esperanza de que su hijo sería más feliz que él había sido.

¡Inútiles consejos! Apenas el Angel de la Muerte se había llevado su alma, Náquir sólo pensó en posesionarse de sus riquezas y en gastarlas con loca disipación. Las inclinaciones del mal educado joven, por largo tiempo reprimidas, se desencadenaron con fuerza irresistible y dominaron su alma con toda energía. Disipó rápidamente su herencia y hubo de abandonar la ciudad de

Damasco, donde no habría podido soportar la pobreza y el desprecio público; donde había perdido todos los amigos; donde sólo tenían repulsa general sus calaveradas y dilapidaciones.

Errante por diversas ciudades de Siria, llegó, por fin, al Cairo, donde por medios inicuos y criminales se apoderó de las propiedades y riquezas de un primo suyo, a quien hizo recluir en la casa de los locos; volvió a las andadas, y llevó de nuevo a sus labios la copa de todos los placeres, sin inquietarse por el temor de ver seca la fuente que la llenaba.

Su nueva y usurpada herencia le duró tan poco o menos que le había durado la paterna. Náquir se vió reducido a los mismos extremos por que había pasado. Acordóse entonces de sus compañeros de orgías y diversiones, esperando de ellos algún socorro; todos le hicieron las más férvidas protestas de amistad; pero el inexperto joven pudo ver claramente que aquellas promesas eran fingidas. Como dice el adagio: «Las buenas palabras no dan de comer, y el viento que acaricia la tierra fertiliza las mieses.»

Divulgóse por la ciudad con rapidez la

delicada situación del que antes había sido rico, y pronto se vió abandonado de los mismos que le ayudaron a disipar su fortuna. Tuvo que deshacerse de cuantas alhajas, tan inútiles como costosas, poseía, para poder subsistir algún tiempo con su producto. Un mes escaso faltaría para agotar el último *dirhem* (moneda de plata), cuando se presentó a los ojos del disipado Náquir un nuevo medio de obtener fortuna, verdaderamente extraordinario, casi maravilloso.

* * *

Se hablaba mucho por el Cairo de cierto derviche persa, del cual se contaban cosas estupendas y extrañas; pero los relatos concernientes a tan misterioso personaje eran contradictorios y opuestos. Cada cual expresaba una opinión diversa; y Náquir, ciertamente, mientras estuvo en la opulencia, no se ocupó mucho en confrontar las diversas referencias, para averiguar lo que hubiera de verdad en la vida de tan extraño sujeto. Le llamaban *Achib*, que quiere decir el Maravilloso; aunque generalmente se le denominaba con el sobrenombre del *Mago*.

Unos decían que había venido del fondo de la Persia; afirmaban otros que era oriundo de la extremidad de la India; y no faltaba quien lo supusiera nacido en el remoto Magreb (Marruecos actual), en las profundas gargantas de los montes Atlas.

Nadie sabía tampoco cuándo había llegado al Cairo tan oscuro personaje: dos o tres años antes, según unos; mientras que otros afirmaban que ya, en su infancia, habían oído a sus padres contar las aventuras maravillosas del Mago.

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que aquel hombre extraordinario dominaba a los elementos y a las fuerzas todas de la creación; vivía, como los peces, en el seno profundo de los mares; las alas de los vientos lo llevaban lo mismo que a un raudo pájaro; las inaccesibles profundidades de las hondas entrañas de la tierra estaban claras a su vista; atravesaba los más espesos muros tan fácilmente como si fueran frágiles telas de araña; podía convertir a los hombres en animales monstruosos, a las mujeres en bestias feroces, a los animales en seres humanos; revestía con extremada facilidad todas las formas, todas las edades,

todos los sexos, y unas veces aparentaba un hombre fornido y robusto, otras un anciano decrépito y caduco, tomando otras el aspecto de un garrido jovenzuelo, o de una doncella bellísima.

Según la voz del vulgo, el Mago tenía por esclavas a la Vida y a la Muerte; en sus manos estaba el sello del profeta Salomón, que le permitía dominar todo el universo. Por eso, aunque muchas veces había sido degollado, ahorcado, arrojado a una sima, su vida había salido siempre indemne, su salud no había sufrido ninguna interrupción. Hablaba todas las lenguas, conocía todas las ciencias humanas y divinas, podía curar todas las enfermedades con sólo un amuleto; con un solo talismán, podía descubrir todos los tesoros ocultos en las profundidades de la tierra; hasta llegaba su poder a la capacidad de hacer al hombre inmortal. Así lo afirmaban.

Y a pesar de todo su poder, huía de los halagos de la muchedumbre, renunciaba a la fama que inevitablemente seguía a sus acciones. Gustaba prestar sus servicios en secreto y no accedía a las peticiones que se le hicieran en público. Se irritaba cuando

las turbas, agolpadas a su alrededor, le llamaban Mago, y prefería que le llamasen Filósofo. Veíase obligado a confesar que sabía algo más de lo que ordinariamente saben los hombres; pero lo achacaba a sus viajes y a sus estudios, y negaba a su saber todo carácter sobrenatural, debido a la magia o al trato con Genios o espíritus. Tal modestia daba por resultado una admiración cada vez mayor entre el vulgo y una fama cada día más elogiosa de todas sus virtudes.

Tal era el personaje en quien Náquir confiaba para reconstituir su fortuna. Un hombre capaz de descubrir los tesoros ocultos en las montañas de la tierra era lo que hacía falta al manirroto despilfarrador de dos fortunas; y además se le hacía doblemente simpático por el hecho divulgado de que sus servicios eran gratuitos; pues estando él por encima de todas las necesidades corrientes entre los hombres, nunca reclamó pago alguno, ni exigió retribución, ni pidió señal de reconocimiento para los beneficios que otorgaba, una vez que se decidía a conceder su favor.

Náquir se resolvió a ver al Mago. Pero ¿dónde encontrarlo? Trató de informarse del

lugar donde moraba aquel hombre fabuloso, y las noticias que obtuvo fueron imprecisas y contradictorias. Decían unos que vivía de ordinario en las profundas cavernas sitas en el flanco occidental del monte Mocattam, escarpada montaña que domina el Cairo por el Sureste, extremidad de la cadena arábiga que bordea el valle del Nilo; allí lo habían visto alguna tarde saludar al sol, momentos antes de sumergirse en la oscuridad tenebrosa del mar Atlántico. Otros, en cambio, situaban su morada en las grandes pirámides de Gizeh, desde donde iba al Cairo. Otros afirmaban que residía en el cementerio de *Cubbat eladilía*, al Norte de la ciudad, o en el gran cementerio de *Carafa*.

Con tan imprecisos informes, pero sin renunciar a la esperanza que en el Mago había puesto, Náquir se decidió a visitar a un anciano copto, de quien le habían dicho podría obtener alguna noticia.

Vivía el copto en Fostat, o el viejo Cairo, y para ir hasta allí alquiló Náquir un borriquillo, y tomó su camino poco antes de la media tarde. No tardó en encontrar la casa que le habían dicho; pero el copto había muerto tres días antes. Desolado, trató de

averiguar si entre los coptos que por aquellos lugares vivían habría alguno que le orientase de alguna manera; nadie pudo satisfacer a sus preguntas, y en aquellas pesquisas inútiles perdió mucho tiempo.

El sol iba ya a ocultarse por Occidente. Se oía distintamente la voz del almuédano de la mezquita de Amrú que, desde lo alto del alminar, llamaba a los fieles a la oración de la tarde. Náquir, cansado de sus infructuosas buscas, se decidió a regresar al Cairo, confiando en lograr su propósito al otro día. Ya iba dejando atrás las últimas casas del viejo Cairo, y encaminaba sus pasos hacia la senda que va a la ciudad a lo largo del canal, cuando de pronto vió a los habitantes de aquellos lugares, que se dispersaban aterrados y huían velozmente: utilizando las barcas se trasladaban apresuradamente a la otra orilla del Nilo; oíase cerrar con estrépito las puertas de las casas, atrancándolas por dentro; gritos lastimeros de socorro, lanzados por mujeres indefensas, se mezclaban con los llantos y quejas de los niños espantados.

Turbado y confuso Náquir se detuvo, y al momento pudo observar, a poca distancia

de donde se hallaba, un grupo de beduínos, envuelto en un torbellino de polvo, que se lanzaba al galope por el lado mismo en que

El almuédano de la mezquita de Amrú llamaba a los fieles a la oración de la tarde.

Náquir iba, dispuestos, sin duda, a robar las casas que pudieran del viejo Cairo.

También de Náquir se apoderó el terror ante tal visión; sujetó con fuerza su cabalgadura y y la sacó bruscamente a la derecha del camino. Hízola galopar apresuradamente, como si temiera no verse nunca bastante lejos de aquel sitio que iba a ser víctima del saqueo y de la muerte. Un rato

después estaba fuera del alcance de los temibles bandidos, en medio de montículos desiertos y de ruinas, que separaban al Cairo de Fostat.

En su precipitada fuga se metió por el centro mismo de las cortaduras que formaba el terreno desescombrado, y de repente, a un paso en falso del jumento por una pendiente muy pronunciada, le faltó tierra y cayó por el fondo de un barranco, por donde rodaron jinete y montura.

Náquir quedó magullado en tal forma, que casi se desvaneció. Pero el miedo a los beduínos pudo más que el dolor: le hizo recobrar sus fuerzas, despabiló sus sentidos atolondrados por los golpes de la caída, y le dió alientos para un esfuerzo sobrehumano que levantó del suelo sus magulladas piernas. Náquir estaba ileso; pero su asno se había quebrado una pata y aplastado la cabeza contra un pedrusco.

Hubo de abandonar allí al pobre animal, y se apresuró a salir de aquel sitio, donde aún le parecía ver de cerca a los beduínos, donde creía oír su fatídico galopar en el vuelo de cualquier ave, en el más suave murmullo del viento. Pero queriendo salvar

por lo menos la brida y la silla del jumento, le quitó los arreos y se los cargó a las espaldas; con aquella facha trató de buscar salida del barranco y abrirse paso entre el laberinto de montículos hasta volver de nuevo al camino del Cairo.

Durante largo rato anduvo dando vueltas por entre los escombros y ruinas; no dejaba de escuchar a cada instante, por si los beduínos se acercaban; hasta el ruido de una piedra que rodase a sus pies, le producía terror indefinible. Y de repente, al doblar un montón de ruinas muy escarpado, una voz ronca se dejó oír, y con acento que el miedo tiñó de sobrenatural, pronunció estas palabras:

—¿Quién eres? ¿Hombre o asno? ¿Hombre vestido de asno? ¿O asno que camina como un hombre? ¿Dónde vas? Quienquiera o lo que quiera que seas, no vas al Cairo, sino en dirección contraria. ¿Es que has prometido quizá dar con tu cuerpo una buena cena a los chacales del monte? ¡Detente, infeliz! ¿No sientes sus aullidos?

Náquir se quedó helado; temblaba, dando diente con diente; un estremecimiento nervioso agitó convulsivamente todos los

miembros de su cuerpo, por miedo de aquella voz, que parecía salir de las regiones de ultratumba; flaquearon su piernas; fijáronse sus pies al suelo como si lazos invisibles los sujetaran y les impidieran moverse.

Atemorizado, dirigió la vista hacia el sitio de donde creyó salir la voz, y en el picacho más alto, allá en la cima del cerro, vió una figura extraña, gigantesca, que bajaba hacia él perpendicularmente y como si no tocara la tierra. Un instante no más, y la aparición paraba frente al aterrado Náquir.

Volvió el supuesto fantasma a preguntarle a dónde se dirigía por aquellos vericuetos; pero el infeliz, sudoroso y jadeante, con los dientes encajados, hasta el punto de impedirle la respiración, no podía pronunciar una sola palabra.

No tardó el personaje desconocido en comprender lo que pasaba por el alma de Náquir, y le habló con dulzura:

—No tengas miedo, ni te preocupe mi presencia; no tiembles más, ni seas como la pajarita de las nieves, que siempre está agitada sin saber por qué. Yo no voy a hacerte ningún mal, ni de ello sacaría ningún pro-

vecho; antes bien, acaso pueda prestarte algún auxilio, si lo precisas: voluntad no me falta y poder quizá tampoco. ¡Dios haga que tú seas digno de mi protección!

Diciendo esto, la extraña figura sacó de su bolso un pomo de cristal, envuelto en telas de seda, y lo acercó, sin destapario, a la nariz de Náquir, para que aspirara el olor. Aquel olor suave y balsámico, aunque fuerte y penetrante, reanimó los sentidos del pasmado Náquir: dejó el infeliz de temblar, volvió poco a poco a disponer enteramente de sus sentidos, recobró lentamente el movimiento de sus miembros y el uso de la palabra.

La extraña figura seguía en pie delante de Náquir: éste pudo ya fijarse en ella. Era un hombre alto, un poco encorvado, enjuto de carnes y de cara, como si fuera un viejo fuerte y vigoroso. La palidez que tenía su rostro, la inmovilidad de su cuerpo rígido y seco, la barba blanca desordenada, que casi le llegaba a la cintura, el pelo largo, movido por la débil brisa de la noche, le daban trazas de espectro mejor que de hombre; en el fondo de su rostro brillaban unos ojillos vivos y penetrantes, circundados por

La extraña figura permanecía en pie ante el asombrado Náquir.

espesas cejas negras, que contrastaban con la albura brillante de la barba; sonrisa suavísima daba a todas sus facciones una expresión rara y enigmática.

Vestía un traje estrecho de seda persa, entallado con cinturón ancho, de un metal indefinible; colgaba de su espalda un albornoz, como los que usan los beduínos, que lo cubría casi del todo, con la capucha vuelta hacia atrás; tapaba su cabeza con un gorro de fieltro gris, corriente entre los derviches de Persia; a guisa de bastón llevaba en la mano una caña larga de palmera, pelada.

Náquir sospechó que tenía delante la persona que con tal ardimiento iba buscando, y bendijo su suerte que por tan extraños y raros medios se había servido para llevarlo a su presencia. Y arrojándose a sus pies le dijo con acento quejumbroso que se ponía bajo su protección, y le explicó sucintamente las circunstancias raras que habían precedido a su encuentro. Y dando por supuesto que aquel extraño personaje era el famoso *Achib,* el Mago por excelencia, le suplicó que le ayudara y le invitó a pasar la noche en su casa.

Reflexionó unos instantes el misterioso personaje, y accedió. Sacó luego a Náquir de aquel barranco, dando mil rodeos por entre el laberinto de ruinas. Durante todo el camino no hablaron una sola palabra. No tardaron en llegar al Cairo y pronto estaban sentados en los blandos cojines que aún había en casa de Náquir.

* * *

El dueño de la casa se dispuso a preparar la cena por sí mismo, pues ya no tenía ningún criado, y se excusó ante su huésped de la acogida tan pobre y tan modesta que iba a hacer a persona de tantos merecimientos. Pero el desconocido le replicó:

— Esto basta. La naturaleza exige pocas cosas para satisfacer sus necesidades; es el hombre quien se crea mil exigencias falsas, con lo cual destroza rápidamente su felicidad y acelera el curso de la vida, de por sí tan corta. Si yo tengo una salud vigorosa, a pesar de mis muchos años, es porque llevo tal sobriedad que parecería imposible a los hombres. Mírame con detenimiento, y dime si hay en mí síntomas de debilidad o

alguna señal de decrepitud; y, sin embargo, yo he visto más de cien veces desbordarse el Nilo, a pesar de no haber vivido siempre en este país.

Fijóse Náquir en su huésped y examinó sus facciones a la luz de la lámpara colocada sobre la mesa, y quedó extrañado y confuso. Cuando se lo encontró en las ruinas le pareció un viejo fuerte y recio, y ahora lo encontraba joven; antes creyó ver su barba blanca y desaliñada, y ahora resultaba negra y rizada cuidadosamente; habían desaparecido las profundas arrugas de la frente, tersa ahora como el cristal; su cuerpo, antes enjuto y seco por efecto de una edad provecta, había adquirido una lozanía que daba a todos sus miembros expresión de vigor no común; seguía teniendo las cejas negras, y sus ojos brillantes, fijos en los de Náquir, y su ligera sonrisa mostraban tal desdén e ironía, que todavía le hicieron temblar. Sin duda ninguna, se hallaba ante un ser sobrenatural.

De entre los pliegues de su vestido sacó dátiles secos y cebollas crudas, y esto cenó. Luego abrió el pomo, con cuyo olor había reanimado a Náquir en las ruinas, pu-

so unas gotas del licor que contenía en una copa llena de agua, y la apuró después de haber cenado. Náquir, en cambio, no pudo comer bocado alguno: tan agitado estaba por las distintas emociones de asombro, de miedo, de esperanza, que habían turbado su alma en breves momentos, como por las sensaciones de respeto y de temor.

Al fin, se atrevió a dirigir la palabra a su huésped. Contóle su historia, aunque ocultándole las malas acciones de que era culpable, y atribuyendo a su mala suerte la triste situación a que se veía reducido. Poniendo la mano sobre su pecho, besó la orla del vestido de su huésped, y le dijo:

— En ti únicamente pongo ahora mi esperanza; sólo tú puedes sacarme del abismo de necesidad en que estoy sumido. La gratitud de mi corazón no tendrá límites para con quien será en mi vida más que mis padres, más que mi familia toda; porque a mis padres les debo la vida, es cierto, pero esto es don insignificante y que obliga a pequeña gratitud, por cuanto lo hicieron sin pensar que el ser a quien dieron vida, un día pudiera renegar de ella. En cambio tú, mi generoso protector, que me

sacarás del abismo de la desesperación, tú serás mi verdadero padre, a ti seré deudor de la felicidad y la vida. ¿Es que no vale más la dicha que la existencia? Sólo a ti, mi genio bienhechor, quiero amar desde ahora.

El misterioso personaje escuchó atento la narración de Náquir: imperturbable, inmóvil, no dejó traslucir con palabra, con gesto, con la más leve alteración de sus facciones, la impresión que en su alma produjera la patética palabrería de Náquir y sus fingidas protestas de cariño; sólo a juzgar por algunos movimientos casi imperceptibles de la cabeza se habría podido pensar en que quería dar a entender su disconformidad con algunos pasajes del cuento.

Náquir volvió a insistir: puso en su voz acentos más quejumbrosos y más doloridos; trató de dar a sus gestos más persuasión: hizo protestas de cariño y de gratitud eternos. Sus palabras se desbordaban de sus labios hipócritas, con la misma facilidad con que las ondas del río Nilo inundan las campiñas fértiles de Egipto.

Al fin hubo de parar el desbordamiento de su elocuencia, y esperó la respuesta de

su huésped. Pero éste seguía absorto en la contemplación de un pensamiento fijo: alguna vez parecía fruncir sus cejas ligeramente, u oscurecer su frente rápidas nubes, o contraer sus labios con un signo casi imperceptible de duda; mas pronto volvía a recobrar su rostro la perfecta calma, la impasibilidad absoluta, que no transparentaba nada de lo que interiormente sentía. La determinación definitiva del misterioso personaje se escapaba a las escrutadoras miradas intranquilas del hipócrita Náquir, y de nada le servía su perspicacia, acuciada por el deseo y por la duda.

Largo rato guardó silencio. Al fin,

— Mañana veremos — dijo con frialdad —. Dejemos la noche para el silencio y el descanso; sólo el día es a propósito para las palabras y para las acciones. Las palabras nada significan y desaparecen como las nubes de polvo arrastradas por los vientos furiosos del Sahara; solamente quedan las obras, como permanecen las piedras que recubren los pozos del desierto y guardan las aguas que han de dar la salud y la vida al extenuado caminante... ¡Mañana, mañana veremos!

No pudo Náquir conciliar el sueño aquella noche. Temores, esperanzas, impaciencias, dudas se revolvían sin cesar en su fatigada cabeza, y alejaron de sus párpados

— ¡Mañana veremos! — dijo el misterioso personaje.

el sueño durante largas horas; cerca ya del amanecer cayó su naturaleza rendida al peso de tan distintas emociones.

Cuando se despertó, ya estaba levantado su huésped, y seguía mostrando en sus facciones la misma austeridad, la misma calma imperturbable que desconcertaba las esperanzas de Náquir.

Pero sin perder un minuto, después de los

saludos usuales, rompió su silencio enigmático y dijo a Náquir:

— ¡Oyeme con atención! En mi larga vida he dispensado ampliamente el bien, y estoy dispuesto una vez más a hacerlo. Pero he de confesar que hasta ahora no he tratado más que con ingratos, que en ocasiones me han hecho víctima de mis propios beneficios, y temo mucho que tus acaloradas protestas de anoche sean palabras vanas, que se lleva el viento, y tan falsas como tantas otras que he recibido. Ya dice nuestro bendito Alcorán que «el diablo hace promesas sólo para engañar mejor». Así que no hagas más protestas de reconocimiento y de gratitud: quizá no las creyera. En verdad te digo que mi poder es grande. ¿En qué quieres que lo emplee en tu favor? Dímelo. Soy huésped tuyo y anhelo pagarte generosamente tu hospitalidad.

Náquir quedó indeciso y como desconcertado ante tan deslumbradora proposición. Dudaba qué pedir, por la incertidumbre de la recompensa que había de exigirle el Mago — pues ya no dudaba de que él era —. Si exponía una pretensión exagerada, podría obtener una negativa; y si se quedaba

corto, se juzgaría defraudado y robado en los dones que hubiera podido conseguir. Tales pensamientos se agitaban y revolvían en la cabeza de Náquir, que no se decidía a contestar. El Mago volvió a salir de su mutismo para decirle:

— Me ha parecido comprender que achacas tu desgracia a ser pobre. Como has sido dueño de grandes riquezas y las has dilapidado, no tienes otro anhelo que verte otra vez en posesión de cuantiosos bienes para volverlos a gastar; y por eso supones que tu felicidad no estará segura sino cuando poseas un tesoro que no se agote. Pues bien, tal tesoro existe y yo sé dónde está; puedo darte su libre posesión; mas dudo que seas capaz de atreverte a ir a recogerlo, aunque ningún peligro te impide llegar al sitio donde se oculta.

— Ningún peligro del mundo — contestó vivamente Náquir — sería capaz de detenerme para intentar la busca de tal tesoro, que me acarrearía la felicidad; y menos, con tu poderosa ayuda. Presto estoy a desafiar todos los peligros, a sortear todos los obstáculos. ¿Qué no será capaz de hacer un hombre por lograr su felicidad?

— No, no — le repitió el Mago —; ningún peligro te amenaza. Además, yo mismo te acompañaré y te entregaré el tesoro que tanto anhelas. En menos de una hora llegaremos al lugar en que se guarda. Mas, por rara casualidad, el tesoro está enterrado precisamente debajo de la tumba donde descansan las cenizas de tu tío, el robado por tu padre, el padre de tu primo, a quien despojaste de su fortuna y lo recluíste en la casa de los locos. ¿Serás capaz de violar esa venerable tumba? ¿Tendrías valor para aventar las cenizas de tu pariente, para arrojar sus huesos a los chacales y a los buitres?

— ¿Por qué no he de atreverme? — repuso Náquir, sin dar tiempo a la reflexión —. Mi tío está muerto hace muchos años; no le haré, pues, ningún agravio. Y a mi primo, ¿por qué? ¿Era suyo, acaso, este tesoro? Si tales riquezas les hubiesen pertenecido, de muy buena gana daría yo a mi primo parte de ellas, para resarcirle de los daños que pudiera haberle causado; pero si tanto mi tío como mi primo ignoraron la existencia de este tesoro, según me parece entender de tus palabras, no tienen derecho alguno

sobre ellas; ¿el tesoro no es mío, mío solo?

— Además — añadió Náquir, con fingida emoción —, parece que la circunstancia extraña de guardar ese tesoro para mí el propio cuerpo de mi tío, quiere decir que él nos ha perdonado a mi padre y a mí. Yo creo que esto no es más que un medio que la Providencia me ofrece para que yo pueda devolver a mi primo los beneficios que él me concediera y sacarle de la situación lamentable a que le han conducido una serie de circunstancias, no siempre dependientes de mi voluntad.

— ¡Vamos! — interrumpió secamente el Mago —. Es preciso que sin tardanza te procures los medios necesarios para transportar los objetos que hay en el tesoro. Hacen falta picos, palancas, alguna pala para remover la tierra y cuerdas; sin esto no podremos hacer la excavación, que debe realizarse precisamente en punto de la media noche.

— Inmediatamente me ocuparé en este asunto — contestó Náquir.

Y salió a alquilar tres camellos y a buscar las herramientas indicadas. No tardó en volver diciendo que todo estaba preparado.

Esperaron que llegara la hora favorable, fumando, sentados en la alfombra, tabaco mezclado con áloe; de vez en cuando rociaban sus resecos paladares con un licor que el Mago llevaba en un frasco. Los dos personajes, con distintos anhelos cada cual, esperaban silenciosos el instante de la marcha.

— Va acercándose la hora — observó el Mago —; fumemos esta pipa antes de partir; mezclaré en el tabaco algún perfume que nos mantenga despiertos y nos dé fuerzas, que bien las necesitaremos.

Y ofreció a Náquir una de las dos pipas que acababa de preparar con tabaco que sacó de un saquito de piel que llevaba colgado al cinto, mezclado con un aroma extraño, cuyo olor delicioso se extendió en seguida por toda la estancia.

Llevóse el Mago a los labios la boquilla de ámbar de su pipa encendida, y aspiró dos o tres bocanadas de humo que, al elevarse en graciosas espirales, dejaron agradablemente embalsamada la habitación. No tardó en llenarse la sala de una perfumada nube formada por el humo que sin cesar aspiraba Náquir de su pipa, sumido en un placer cada vez mayor.

Sentíase el mozo como arrebatado en dulce éxtasis: los más deliciosos ensueños ofrecían a su imaginación los cuadros brillan-

Náquir, mientras fumaba,.se sentía como arrebatado en dulce éxtasis.

tes del tesoro que iba a poseer. Interrumpió sus ilusiones la voz del Mago, que ordenó:

— ¡Vamos! Ha sonado la hora. El hombre no puede detener la marcha del tiempo, ni puede evitar su rápida carrera. ¡Salgamos: ha llegado el momento de obrar!

Y partieron. Náquir había colocado sus herramientas sobre los tres camellos.

Dirigiéronse hacia la ciudad de los muertos, que limita por el Sur a la ciudad de los vivos, hacia el cementerio de Carafa. Erraron durante largo tiempo, en medio de las tinieblas de la noche, discurriendo silenciosos por entre aquellos incontables sepulcros. El cielo estaba por un lado despejado y enviaba el pálido fulgor de algunas estrellas a reflejarse en las losas de mármol que cubrían las tumbas; por otro, lo entoldaban espesas nubes, que se extendían sobre las cabezas de los buscadores de tesoros como anchos sudarios de un velo siniestro.

El corazón de Náquir se veía dominado por dos distintas sensaciones: la ambición furiosa lo atenaceaba rabiosamente; el espanto instintivo, el terror natural, la idea del sacrilegio y de la violación proyectada le producían pánico. Detrás de su guía, caminaba con seguridad, con pasos que seguían las huellas del Mago, sin dar muestras exteriores de los sentimientos que embargaban su alma.

El Mago se detuvo ante una tumba, y la señaló con la mano, diciendo:

— ¡Esta es!

Náquir sintió que sobre el sentimiento re-

ligioso que hubiera podido haber en su alma, dominó violentamente su avaricia, su ansia inextinguible de riquezas. Y descargando del camello las herramientas, se puso a cavar en el lugar señalado, con ardimiento extraordinario. No tardaron en aparecer los blancos huesos del cadáver de su tío, arrancados con el pico destructor, y con insana solicitud fueron dispersados por la pala profanadora. Cavaba Náquir con ahinco redoblado. Pronto el pico produjo un ruido que daba a entender tocaba en algún cuerpo metálico; allí estaba, sin duda, el tesoro; por fin alcanzaba el avaricioso la meta de sus ilusiones.

En efecto, el pico había tocado en una caja de hierro, cuya tapa quedó pronto al descubierto, limpia de la tierra que la cubría. Náquir se dispuso a sacarla del hoyo abierto, pero el Mago, cogiéndole por el brazo, lo detuvo, diciéndole:

— ¡Un momento, Náquir! Ya ves que he cumplido mi palabra, y a nuestra vista está ya el tesoro prometido. Tú me has dicho las más cálidas protestas de gratitud y de reconocimiento; pero, como yo dudo de ellas, no sacarás uno solo de los cofres que deba-

jo de la tumba se hallan, y cuenta que son innumerables, sin que me hayas hecho una promesa seria, un juramento inviolable: todas las riquezas que salgan de este tesoro, que al fin te regala mi liberalidad, han de ser divididas entre los dos en partes iguales, como si fuésemos hermanos; en caso contrario, tú no obtendrás absolutamente nada.

— ¡Prometo solemnemente y juro por el nombre de Dios altísimo — exclamó Náquir — partir contigo religiosamente todas las riquezas que se encuentren en este tesoro!

Pero en el fondo de su alma quedó ya depositado un sentimiento de dolor y de rabia por tener que partir con el Mago un tesoro que él creía hasta aquel mismo instante que era completa y únicamente suyo.

Sacó del hoyo hasta seis cofres de un mismo peso; y todavía quedaban debajo otros, que no serían de menos valor. Cargó luego en cada camello dos cofres; con la tierra revuelta tapó cuidadosamente los que todavía quedaban enterrados, y niveló el terreno con esmero para que no se notasen las huellas,

Mientras Náquir se dedicaba a todas estas operaciones, el Mago permanecía a su lado en pie, callado y triste, con cara que mostraba disgusto y contrariedad. Náquir supuso que también el Mago sentía, como él, perder parte del tesoro, y pensó que sus ojos contemplaban con avidez aquella porción que le iba a arrebatar el pacto a que mutuamente se habían comprometido.

Alejarónse de la tumba, y tuvieron la suerte de no tropezar en el camino con nadie que hubiera podido ser testigo importuno de la operación realizada. Náquir había puesto extremada atención en tomar las señas del sitio donde habían estado, con ánimo de volver en otra ocasión.

Apenas llegaron a casa de Náquir, abrieron los cofres inmediatamente y la vista de aquel tesoro de valor incalculable hizo palpitar aceleradamente el corazón del ambicioso joven. Tres cofres estaban repletos de oro y plata amonedados; los otros tres encerraban en su seno perlas de extraordinario tamaño, piedras preciosas de todas clases: diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, jacintos, topacios...

Náquir se quedó absorto contemplando

aquel montón de riquezas, cuyo valor y magnificencia excedía a todos los sueños que su imaginación había forjado. Fija la vista en los cofres, con los ojos dilatados cuanto lo permitían las órbitas, abierta la boca, trémulos los labios, apenas si podía respirar: tenía miedo de que todo aquel aparato enorme de riqueza pudiera desaparecer arrastrado por un soplo; dudaba todavía que todo aquello fuera real y no fingida creación de su fantasía.

— ¡Partamos! – dijo secamente el Mago, sacando a Náquir de su abstracción.

La punta aguda de una lanza, la hoja fría de una cimitarra que hubiese penetrado en su corazón, no le hubiera hecho tan terrible efecto como aquella fatídica palabra. Sintió el dolor lacerante de la privación que iba a sufrir en aquel inmenso tesoro, y en su alma se creyó tan pobre o más que había sido en la época de su grave miseria. Tambaleóse, a punto de desvanecerse.

— ¡Partamos! — repitió el Mago con la misma sequedad.

Y Náquir sólo pudo medio articular las palabras: «Sí, hermano, partamos.»

El Mago empezó a hacer partes iguales

Náquir no podía avenirse a partir con el Mago el maravilloso tesoro.

de cada cofre, puesto que los que contenían pedrerías valían infinitamente más que los que estaban llenos de oro y plata. Fué dividiendo las monedas de plata, las monedas de oro, los diamantes, las perlas, todas las joyas. Náquir concibió de momento una idea ambiciosa que no pudo reprimir en los labios.

— ¡Hermano! — dijo —. Yo no podré utilizar en el Cairo, sin despertar sospechas y recelos, todas estas monedas de cuños antiguos, no corrientes ya entre nuestros cambiantes. La gente sospechará que he descubierto algún tesoro; me perseguirán, me irán a los alcances, y la adquisición de estas riquezas será para mí una fuente inagotable de contrariedades y temores. Y tú, mi generoso protector, que eres tan bueno para conmigo, de seguro que no quieres que esta riqueza que me regalas me ocasione ningún disgusto. Me has dicho que vas a abandonar este país; para ti será facilísimo colocar esas monedas extrañas en las regiones apartadas que vas a visitar, sin despertar recelos ni exponerte a ningún contratiempo. Deberías quedarte con los cofres que tienen monedas y dejarme a mí los

otros tres, cuyas alhajas y piedras podría yo vender poco a poco a los joyeros del mercado sin dar motivo de sospechas.

— Está bien —dijo el Mago fríamente —: me quedaré con las monedas.

Extrañóse Náquir de que hubiera accedido tan fácilmente a su petición, y sintióse capaz de exponer otra pretensión que su avaricia le sugería. Por eso continuó diciéndole:

— Tres cofres son mucha carga, hermano, para un camello solo. Yo, con mucho gusto, te regalo uno de los que están en el patio, aunque no son míos y los tengo que devolver a su dueño. En el camello puedes cargar dos cofres; pero, ¿y el tecero? Haría mala carga uno solo para una caballería: déjame este cofre y así podrás viajar con menos engorro.

— ¡Conforme! — contestó el Mago con la misma frialdad de antes y sin poner el menor obstáculo.

Levantóse el Mago y fué a buscar las cuerdas precisas para atar los dos cofres en el camello; pero Náquir se echó a sus pies, besó la orla de su vestido y le dijo con humildad:

— Temo, señor, que la preciosa carga de este camello exponga a mi generoso bienhechor a los ataques de los beduínos: ¿por qué has de soportar estos riesgos sin necesidad? ¡Tú, que puedes poseer, si te empeñas, los tesoros todos de la tierra! ¿No me dejarás esta moneda vil, que para nada la necesitas? ¿Y si crees precisa alguna cantidad para tu viaje, por qué no tomas lo que puedas llevar encima, y me dejas el resto, como una prueba más de tu liberalidad y de tu magnificencia para el infeliz Náquir, que desde ahora será tu esclavo?

El Mago reflexionó un momento; después contestó, siempre con la misma frialdad:

— ¡Está bien! Acepto lo que me propones.

Y luego, apartando una corta cantidad de monedas de oro, salió al patio a procurarse una esportilla que Náquir le señaló como suficiente para echar la suma que iba a llevar. Todavía Náquir no pudo resistir la tentación y, mientras el Mago estaba fuera, metió la mano en el montoncito y se llevó furtivamente un puñado de aquel oro, con lo cual disminuyó sensiblemente. El Mago pareció no darse cuenta de aquella sustracción, y se despidió, diciendo:

— ¡Adiós! ¡Espérame! Volveré dentro de poco tiempo para repartir las otras cajas del tesoro que quedan enterradas.

* * *

Así quedó Náquir dueño del tesoro completo. Y volvió a gastar sin tino ni medida, entregándose a los placeres con delirio insano, derrochando a manos llenas aquellas riquezas tan fácilmente adquiridas. Acaso creyera que todo aquel tesoro era inagotable; pero pronto, en el período de un año, vió, aterrado, que todo había desaparecido: la plata, el oro, las perlas, las piedras preciosas... Entonces pensó en hacer una excursión a la tumba de su tío, sin esperar al Mago, para sacar el resto del tesoro. Pero una noche, inesperadamente, el Mago se presentó ante Náquir.

— He vuelto — le dijo tranquilamente —, según habíamos convenido, para recoger los otros cofres. ¡Vamos! Haremos nuevas excavaciones y repartiremos lo que salga. He de marcharme mañana al amanecer.

Invitado por Náquir, entró el Mago en un magnífico salón para descansar, mien-

tras que aquél ordenaba preparar las herramientas y los camellos precisos para la operación que iban a emprender.

Aprovechó Náquir el momento en que los dos se distraían tomando unos refrescos, para buscar algún ardid con que sacar provecho de la inesperada vuelta del Mago. Y le habló en estos términos:

— ¡Mi generoso bienhechor y hermano! Ya ves que los productos de tus liberalidades han desaparecido casi por completo. Me vas a regalar con nuevos dones, pero éstos se disiparán lo mismo que los otros. La más sabia previsión me ha inspirado un proyecto, que me permito exponerte, confiando en que tú aceptarás mi petición. Desearía obtener una plaza, cuya renta fija y ganancia segura, siempre renovándose, me permitiese mirar al porvenir con tranquilidad. Esta bondad, añadida a la posesión de nuestro tesoro, te daría ocasión de mostrarme tu inagotable generosidad, y lo que te pido no creo que exceda los límites de tu inmenso poder.

— Ciertamente que no los sobrepasa — contestó el Mago —; lo que me pides es posible, y hasta el momento es favorable. Ha

muerto anoche el tesorero del Cuerpo de los Jenízaros, y la plaza está vacante. ¿Te conviene esta plaza, que acumula un buen sueldo? ¿Te quedarás satisfecho si consigo que te la den? Pero te pongo una condición expresa: has de darme la mitad de tu sueldo durante el primer año.

Náquir tomó la mano de su interlocutor y la colocó sobre su cabeza, indicando así que era como su esclavo y que estaba pronto a cumplir aquella condición y las demás que quisiera ponerle; y arrojado a los pies del poderoso personaje, hizo protestas de gratitud, dejando correr torrentes de elocuencia por sus labios hipócritas.

En estas manifestaciones de reconocimiento estaba, cuando se presentó un alto jefe militar y entregó a Náquir en persona un rollo envuelto en tela de seda; Náquir lo desenvolvió y se puso a leerlo con avidez; el pergamino contenía su nombramiento para tesorero del noble Cuerpo de los Jenízaros.

La rapidez de su éxito dejó asombrado a Náquir, que ya no encontraba expresiones con que pintar su gratitud al Mago. Dándose cuenta de su nueva situación, dijo:

— Este nombramiento, nuevo favor que debo a tu bondad, me impone la obligación indispensable de presentarme sin perder un minuto en la oficina de Tesorería, y esto es una seria contrariedad que nos imposibilita ir esta misma noche a la tumba de mi tío, conforme teníamos proyectado.

— Llevas razón — contestó el mago — y yo habré de retrasar dos días mi partida; pero consiento en este retraso, aunque me será perjudicial para un asunto urgente que debería hacer mañana lejos del Cairo.

— No debes molestarte por causa mía — replicó Náquir —. No seré yo capaz de consentir que por mí tenga mi bienhechor, el que es más que mi padre, el más pequeño retraso o la contrariedad más insignificante. Además, que acaso mis nuevas funciones no me dejen tampoco mañana por la noche un rato libre. No te detengas por mí; no modifiques tus primeros proyectos. Márchate mañana, si tus asuntos así lo exigen. Ya iré yo solo a la tumba; sacaré otros seis cofres, y, de aquí a un año, cuando vuelvas a recoger la mitad de los productos de mi empleo, reuniremos todo y lo partiremos religiosamente.

— ¡Bueno! — asintió el mago —. Dentro de un año volveré. Pero dame ahora algún dinero para mi viaje; tendré bastante con cincuenta *dinares* (moneda de oro); dámelos, y algo más si puedes, conforme consienta tu bolsa y dicte tu generosidad.

Dióle Náquir cuarenta y nueve dinares, con pretextos de no disponer de más cantidad, y el misterioso personaje se alejó, repitiendo:

— ¡Dentro de un año volveré!

* * *

Transcurrió un año, y los emolumentos del cargo que Náquir desempeñaba habían sido enormes, gracias a su habilidad y a su poca conciencia. Además, había visitado varias veces la tumba de su tío, y las riquezas sacadas del tesoro inagotable se amontonaban en la casa, magnífica y suntuosa, del tesorero, hasta el extremo de que los pisos se resentían de tanto peso. El mago vino puntualmente a recordar a Náquir su compromiso, y, además, le urgió a hacer pronto la partición, porque tenía prisa y había de marcharse en seguida. Pero Náquir le contestó:

— Poco oportuno es el momento en que vienes. Ha muerto el agá o jefe de los jenízaros, gran amigo mío, y no sé quién le sucederá, porque las intrigas no cesan y nadie puede presumir en qué persona recaerá este importante cargo. Yo temo que sea nombrado algún personaje de los que me tienen poca voluntad, porque entonces mis cuentas serían examinadas con rigor, y acaso en lugar de beneficios me encontraría con pérdidas y con disgustos sin cuento. Mejor será, créeme, dejar el arreglo de nuestras cuentas para otro año, y entonces, en plena normalidad, partiríamos los beneficios. ¡Oh, si yo pudiera lograr ser nombrado agá! Entonces sí que la jugada sería redonda, porque como había de ser yo mismo el que me tomase las cuentas de la Tesorería, no tendría inquietud alguna, y entonces nadie podría poner límite a mis ganancias, mejor dicho, a nuestras ganancias, puesto que todo lo partiríamos.

— ¿Nada más que eso pretendes? — preguntó el mago —. ¡Vamos a ver, Náquir! ¿Qué me darás si hoy mismo eres designado para el cargo de agá de los jenízaros?

— ¿Qué te daré, padre mío? — exclamó

Náquir loco de alegría, viendo la carrera magnífica que se abría ante su camino —. Todo lo que quieras pedirme. ¿Quieres todos los ingresos que yo cobre en mi nuevo cargo? ¿Prefieres la posesión exclusiva de los tesoros de la tumba? Lo que tú quieras, lo que tú hagas, estoy dispuesto a ejecutar.

— Yo preferiría que siguiéramos partiendo por igual, lo mismo los emolumentos de tu destino que los tesoros ocultos debajo del sepulcro.

No había concluído de pronunciar las últimas palabras, cuando se empezaron a oír a las puertas de la casa de Náquir voces y gritos tumultuosos; seguidamente penetraron en ella los oficiales del Cuerpo de los Jenízaros y se adelantaron con rapidez hacia Náquir, formando un círculo a su alrededor, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud respetuosa; instantes después quedó Náquir proclamado agá de los jenízaros, en medio de las aclamaciones entusiastas de los soldados y del pueblo.

Apenas hubo recibido los homenajes de respeto de sus subordinados, habló con el Mago, para decirle:

— Perdóname, generoso bienhechor, que

me vea forzado a dejarte. Por el título que acaba de serme conferido paso a la categoría de bey de Egipto, y esta circunstancia me obliga a ocupar ahora mismo un puesto en el Consejo de Gobierno de la Nación. Ya nos veremos. Ahora no podemos tratar de nuestros negocios. Además, seguramente me costará gran suma de dineros la toma de posesión y los regalos que habré de hacer. Pasando un año más será mayor la parte que te corresponderá en nuestra partición.

— ¡Hasta dentro de un año! — dijo sencillamente el Mago, y retiróse luego.

* * *

Velozmente transcurrió el año, y el Mago, exacto, se presentó a Náquir, para decirle:

— Te veo más preocupado que aquel día, un poco lejano ya, en que fuí por vez primera a tu modesta casa, luego de haberte encontrado en el fondo del barranco de las ruinas del viejo Cairo. ¡Vamos! Hagamos nuestras cuentas y nuestra partición, porque tengo mucha prisa en alejarme de Egipto.

—Llevas rázon, querido protector — contestó Náquir –; estoy preocupadísimo con mi delicada situación. Me extraña que hayas podido llegar hasta mi presencia. ¿Por dónde has venido que no has visto la ciudad revuelta, la soldadesca amotinada? ¡Es terrible! En la ciudad domina el desorden, el incendio, el saqueo; destrozan sus más bellos edificios; la matanza y el asesinato se ceban en las personas indefensas; la ruina y la desolación caen sobre nuestra infortunada patria. Y la causa es que todos los beys, y yo con ellos, nos hemos puesto en rebeldía contra el pachá.

— ¿Y cuál ha sido la causa? — preguntó el Mago.

— El pachá se ha atrevido, con insolencia, a mermar nuestros derechos tradicionales; hemos tratado de deponerlo, y hasta hemos querido que lo ajusticiaran. Pero él ha podido más, ha hecho matar al primer bey y tal vez pronto los demás caeremos en las manos del verdugo. Se ha hecho fuerte en la alcazaba alta, y nuestros partidarios son cada día menos numerosos; nos quedaremos pronto solos, y entonces la venganza del pachá será terrible. ¡Maldito pachá!

Un alto jefe militar entregó a Náq

Siempre triunfa. Si yo estuviera en su puesto...

— Lo estarás — interrumpió el Mago.

Al instante se oyó por todas las salas que rodeaban a la que servía de lugar de reunión un tumulto extraño. Por todos lados se oían gritos, aullidos; todas las puertas se abrían con estrépito; y una turba de soldados, sucios y ensangrentados, rabiosos, entraron vociferando y se arrojaron sobre Náquir.

Eran los guardias del pachá; Náquir quedó helado y pensó morir; sospechó que iban

un rollo de pergamino (pág. 49.)

en son de vencedores a llevarlo a presencia del temido enemigo. Víctima de un terror convulsivo, sólo pudo articular estas palabras:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Misericordia! El pachá...

Y el que parecía dirigir aquella soldadesca ebria y furiosa, que se agitaba incesantemente con la movilidad del oleaje, gritó con voz chillona y enronquecida:

—¡El pachá eres tú! Hemos degollado al otro: mira su cabeza; y hemos elegido en su puesto a Náquir.

Y a una señal de aquel hombre a sus subordinados, en el salón retumbó un grito estentóreo, que salió de centenares de gargantas:

— ¡Viva Náquir-Pachá!

Y el jefe exclamó luego:

— ¡Que Dios se digne alargar el reinado feliz del ilustre Náquir-Pachá, visir, gobernador, virrey del Cairo, de Egipto y de sus provincias!

— ¡Viva, viva! — gritaba la soldadesca, con todo entusiasmo.

El Mago había presenciado inmóvil e imperturbable aquella escena tumultuaria. Náquir, alardeando de persona importante, volvióse hacia él y le dijo:

— Ya oyes lo que pasa, querido protector. No debo perder un minuto y he de volver el orden y la paz a mis Estados, cuya tranquilidad pueden perturbar todavía los secuaces del pachá difunto. Estoy seguro que aprobarás mi decisión de partir al momento a ocupar mi alto cargo, y que no querrás que pierda un tiempo precioso en arreglar unas cuentas que en otro momento cualquiera pueden solventarse. Vuelve a otro año y yo te doy palabra de que...

— ¡Basta! — interrumpió el Mago —. ¡Vendré!

Y abandonó el salón.

Todos los cuidados de Náquir, en su nuevo cargo, se encaminaron a recoger los tributos impuestos al pueblo por su antecesor, sin preocuparse de disminuirlos, a pesar de que eran exagerados y tiránicos. Y engolfado en los muchos quehaceres que el Gobierno lleva consigo, no se dió cuenta de que el tiempo pasaba; la presencia del Mago le hizo conocer que había transcurrido el año. Apenas lo vió, sin darle tiempo a que le hablara, le dijo:

— ¡Cuán equivocados están los que envidian a los grandes de la tierra! Cree la gente que somos felices los que mandamos, y no saben que bajo la blandura de los cojines donde se reclina nuestro cuerpo, están ocultas agudas espinas, que nos martirizan sin piedad. Hace ya un año que fuí elegido por las tropas pachá de Egipto y que me reconocieron todas las instituciones religiosas y civiles del Cairo; pero no he logrado conseguir la confirmación de la Sublime Puerta. Y no creas, querido bienhechor, que me he estado de manos cruzadas: he hecho ges-

tiones cerca del gran visir y de los demás ministros; he intrigado hasta en el harén del sultán; he gastado en regalos inmensas cantidades de dinero. Si esto sigue, se agotará el tesoro de la tumba de mi tío y todas sus riquezas se las tragará este abismo insaciable. No soy el rico, el afortunado Náquir; el que se enriquece con mi dinero es el gran visir. ¡Oh, si yo estuviese en su puesto!... Todos los tesoros del Imperio...

— Acaso, acaso — le atajó el Mago con tranquilidad — no me sería imposible lograr el cargo de gran visir; pero, la verdad, Náquir, ya me canso de ver pasar años y años sin recibir de ti más que promesas engañadoras; tú no te paras en prometer, en prometer siempre; pero nunca cumples lo prometido; siempre encuentras evasiva para escapar a tu compromiso. ¡Es preciso acabar! ¿Quieres ser gran visir? Lo serás; pero con una condición, que estoy resuelto a que se cumpla: la de que me nombres a mí tu lugarteniente. También yo deseo tener un cargo estable, y me canso ya de la vida vagabunda que vengo arrastrando. Cuando tú seas visir, me presentarás al sultán para el cargo de ministro de Estado.

Y como esta vez quiero algo más que las vanas palabras que sueles emplear siempre, es preciso que me firmes ahora mismo un compromiso formal, que yo pueda esgrimir como garantía de que cumplirás tu palabra.

Entusiasmado y loco de contento, Náquir firmó el documento que el Mago le presentaba, sin dejar de hacer sus acostumbradas protestas de agradecimiento. Un instante después pedía audiencia un chambelán, que acababa de venir de Stambul.

Turbóse Náquir al oír tal anuncio. Las esperanzas que las lisonjeras palabras del Mago pudieran haber despertado en su corazón, no lograron dominar el pesimismo respecto al caso de su confirmación en el cargo de pachá, tan anhelada cuanto diferida. Aquel chambelán podía ser nuncio de su dicha y podía traer también su ruina y su desgracia. En tal situación de ánimo, atormentado por las más amargas dudas, pálido y taciturno, se sentó en el salón de recepciones solemnes.

El oficial enviado por el sultán de Stambul avanzó resuelto y grave hasta la presencia de Náquir, prosternóse con humildad hasta tocar el suelo, y luego entregó en ma-

nos del pachá el decreto imperial de que era portador. Náquir, con sorpresa que no pudo reprimir, leyó el contenido de aquel documento precioso:

«El príncipe de los creyentes, hijo del príncipe de los creyentes, el dueño de los dos continentes y señor de los dos mares, emperador, sultán y califa de todos los musulmanes, ha aprobado y confirmado la designación de su fiel servidor Náquir-Agá, el damasceno, para el cargo de bajá de Egipto y del Cairo, la ciudad bien guardada.

»El poderoso sultán llama a Náquir-Pachá al lado de su augusta persona y le confía el supremo visirazgo del imperio; y le concede por gracia especial el privilegio de conservar su cargo de bajá de Egipto, con la facultad de nombrar un lugarteniente que desempeñe sus funciones. — Y la paz.»

El Mago se aproximó con disimulo al sitial de Náquir y le dijo en voz apenas perceptible:

— ¡Querido Náquir! Yo te agradecería

El oficial se prosternó ante Náquir hasta tocar al suelo.

que me nombraras tu lugarteniente en el Cairo, mejor que en Stambul. Si me dejas aquí, te dispenso las demás cosas.

— ¿Cómo es posible — contestó Náquir, afectado y emocionado —, cómo quieres tú, padre y señor mío, abandonar a tu hechura? ¿Qué había yo de hacer en el intrincado bosque de la vida cortesana, sin la guía de tu mano discreta y poderosa? Me he comprometido a hacerte lugarteniente mío en Stambul y no aquí en el Cairo; cumpliré mi palabra. Búscame en la corte del sultán. Supongo que el término de un año será suficiente para disponer los medios de tu elevación. Confía en mí, y está seguro de mi más profundo agradecimiento.

Apretó el Mago con fuerza la mano de Náquir, que tenía entre las suyas, durante aquel discurso, y le dijo con gesto de tristeza y de disgusto:

— ¡Dentro de un año me encontrarás en Stambul! — y se retiró pausadamente.

* * *

Después de haber nombrado por lugartenientes suyos en el Cairo a dos antiguos camaradas de orgías y diversiones, Náquir se

dirigió a Stambul. El emperador lo recibió con distinción y cariño; y en nombre de su alteza dirigió los asuntos del imperio durante todo un año, sin acordarse siquiera del Mago ni del compromiso que con él solemnemente pactara.

Pero un día, en medio de la turba de gente que se esforzaba por llegar a ser recibida en audiencia por el gran visir, a la puerta del salón donde éste despachaba con los visires subalternos y con los grandes dignatarios del imperio, Náquir tuvo la sorpresa de distinguir al Mago, con un papel en la mano, agitándolo por encima de su cabeza para llamar su atención, y en el cual Náquir reconoció el compromiso que había firmado.

Procuró abreviar la audiencia cuanto pudo, y luego hizo seña al Mago para que lo siguiera a sus habitaciones particulares. Apenas estuvieron solos, el Mago, sin pronunciar palabra, mostró a Náquir el documento, dando a entender por el gesto que venía decidido a exigir su cumplimiento. Náquir volvió a sus eternas excusas.

— ¡Oyeme, querido y generoso protector! — le dijo con zalamería —. El sultán

me ha honrado llamándome hoy a su presencia; me distingue siempre con su confianza y me colma de beneficios todos los días; pero bien sabes tú que el terreno de la corte es poco firme, y que el palacio de Stambul es un volcán, dispuesto siempre a estallar y a tragarse al que encuentre a su lado. He de confesar que lo que tú has hecho por mí sobrepuja a lo que puede imaginarse, y, por tanto, no puedo yo poner límite a mi gratitud; quisiera, no obstante, hacer por ti más aún de lo que te he prometido. Tú podrías ser gran visir, si te resolvieses a emplear tu omnipotente poder en hacerme a mí el propio sultán.

—¡Entiendo, Náquir, entiendo! —contestó el Mago, con tono desengañado y sombrío —. Pero te afirmo resueltamente que jamás, jamás conspiraré contra mi natural señor. ¡Dios no permita que en mi cabeza nazca la idea de ir contra el sucesor legítimo de los califas y del Profeta, contra el representante de Dios en la tierra! Y aunque yo, por una locura inexplicable, osara tal audacia, no tendría poder alguno, porque Dios lo protege y sólo Dios es grande y fuerte, y sólo de El nacen el poder y la

ciencia. ¿Qué ser humano se atrevería a ponerse enfrente de Él?

Tal contestación contrarió sobremanera a Náquir, ya que era el primer obstáculo puesto a sus inmoderadas ambiciones. Y tratando de disimular su pensamiento, contestó así:

— No me has comprendido bien, amado dueño mío. Yo sólo intentaba asociarte a mi alto ministerio. Mas he de confesarte que siento un escrúpulo. Las maravillas operadas gracias a tu intervención son tales, que dudo puedan ser efecto de una ciencia natural y lícita; con razón te llamaban en el Cairo el Mago. Creo firmemente, aunque tú afirmes lo contrario, que te dedicas a los estudios prohibidos de la magia; y me parece que debo romper toda relación contigo, si no quiero hacerme culpable del mismo delito, condenado en nuestro sagrado Alcorán, donde se leen maldiciones terribles contra los magos, los encantadores y los que se asocian a sus sacrílegas disquisiciones. Separémonos como amigos; puedes estar seguro de que te haré beneficios que paguen con exceso mi reconocimiento. Sigue tu camino: ¡pero vete de Stambul!

Y señaló al Mago la puerta, indicándole que saliera, a la vez que hacía señas a sus esclavos, puestos de pie a la entrada del aposento. No se escaparon aquellas señas a los ojos perspicaces del Mago, y comprendió lo que significaban; pero sin inmutarse, y con el más profundo respeto, habló así:

— No finjas, señor, inútilmente; habla claro. Ya no me necesitas y rompes el vaso, cuyo contenido agotaste. Me resigno, y no trataré de evitar tus intenciones contra mí. Llevo muchos, muchos años errante por el ancho mundo y siempre he encontrado en él la ingratitud en pago de mis inagotables beneficios. He estudiado todas las ciencias, y nada me queda por aprender. Mi vida me pesa, y quiero de buen grado dejar esta carga. Lo mismo me importa salir de este mundo por tu mano que por otra. Manda a tus esclavos que cumplan tus órdenes; cúmplelas tú mismo. Sólo te pido, antes de morir, una sola gracia, que ni te costará nada, ni retrasará un minuto mi fin.

—¡Habla! — dió por respuesta Náquir—. Todo puedo concedértelo, *salvo la vida*. Ya lo has adivinado: no podemos estar juntos los dos sobre la tierra. Mis culpas contigo

son tales, que tú no las podrás olvidar, y yo debería siempre estar guardándome de un enemigo oculto y poderoso como tú. ¿Qué quieres de mí antes de morir? ¡Habla!

— Una cosa bien fácil — contestó el Mago —. Que te dignes soplar con fuerza en la boquilla de la pipa que llevas en la mano; en lugar de aspirar el humo, se esparcirá por la habitación y formará como una nube; esta oscuridad me permitirá no ver a los siniestros ejecutores de tu voluntad, apartará de mis ojos el centelleo de los puñales, levantados ya contra mi corazón.

Accedió Náquir a ruego tan fácil y se puso a soplar en la pipa con fuerza; momentos después la habitación estaba llena de humo.

Los esclavos se abalanzaron sobre la víctima señalada; pero el Mago achicó su estatura, apelotonó sus miembros, se metió dentro de sí mismo, hasta formar una bola animada, que rodaba por el salón con rapidez prodigiosa, que botaba y saltaba sin cesar, esquivando todos los golpes que se le dirigían, haciendo inútil aquella persecución furiosa.

El mismo Náquir se lanzó, con rabioso

frenesí, sobre su enemigo: trató de clavarle su puñal; pero el Mago resultaba impalpable e invulnerable, se reía burlonamente de sus agresores. Creyó haberlo alcanzado mu-

El Mago se convirtió en una bola.

chas veces; pensó que sus dedos crispados lo sujetaban, que su puñal lo había atravesado; pero todo era falso, todos los esfuerzos resultaban estériles; no había más objeto asequible que las nubes de aquella espesa humareda, cada vez más densa y más oscura.

Los esclavos fueron desapareciendo sucesivamente, cansados de aquella inútil per-

secución; y el propio Náquir hubo de caer en un diván, deshecho, sin fuerzas, atolondrado por los esfuerzos dedicados a aquella rabiosa caza, inútil del todo, puesto que el Mago había llegado a hacerse invisible a los ojos de su perseguidor.

Largo rato estuvo Náquir desvanecido. Cuando recobró sus sentidos miró a su alrededor, con ojos extraviados, y vió sentado a sus pies al Mago, en su apariencia natural, sin dar muestras de cansancio ni reflejar emoción alguna, y dedicado a terminar de apagar la pipa fatídica, de la cual hacía caer unas cenizas blanquecinas.

Mirólo Náquir con extrañeza y observó en sus labios un ligerísimo fruncimiento de sardónica sonrisa; y sin hablar una sola sílaba, ofreció a Náquir la pipa vacía. Aquella tranquilidad, aquella ironía, despertaron de nuevo el furor de Náquir, que vió ya al enemigo al alcance de su puñal; y poniéndose en pie rápidamente, alzó el arma homicida y gritó:

— ¡Tu vida está ahora en mis manos! ¡Tiembla, miserable!

— ¡Tiembla tú! — respondió el Mago, sin intentar sustraerse al golpe.

Y a los ojos del desfallecido Náquir apareció como un espectro espantable, cuya presencia ahogó los gritos en su garganta, hizo temblar sus labios, llevó el desfallecimiento a su corazón, paralizó sus brazos, fijó sus pies al suelo como si los clavasen.

—¡Tiembla tú, monstruo de ingratitud! —seguía diciendo aquella voz, que retumbaba en los oídos de Náquir como el trueno que produce el rayo en el seno de las tempestades —. ¡Tiembla tú, ingente mezcla de cobardía, de maldad y de perfidia! Todos los sucesos de lo que tú creías tu vida eran ficticios: tu brillante carrera de triunfos y de éxitos, era una vana ilusión; tu felicidad y tu riqueza, un sueño vano. No hay más que una cosa cierta, segura, indubitable: que eres bajo, desleal, ingrato, villano. Ni el cementerio guarda en sus tumbas tesoro alguno, ni has sido tesorero, ni agá, ni bey, ni pachá, ni gran visir; ni has visto la bella ciudad de Stambul, ni has dejado de vivir en el Cairo, ni has abandonado un momento tu pobre habitación. ¡Fíjate bien! Estás sentado encima de tu vieja y raída estera, de donde ni tú ni yo nos hemos movido en toda la noche. Puedes dar gracias a Dios

Altísimo de que he pensado que soy tu huésped: esta circunstancia te ha librado de un castigo más duro.

El Mago decía verdad. Disipados ya los torbellinos de humo que envolvían la estancia, Náquir recobró el uso de su vista, como si un hábil cirujano lo hubiera curado instantáneamente de larga ceguera, y reconoció la sala baja de su casa, y observó la estera vieja y remendada, y vió los cojines traídos y desgarrados. Se había esfumado el suntuoso palacio del gran visir; los magníficos trajes, las alhajas costosas y brillantes se habían cambiado en los pobrísimos vestidos ordinarios, harapos más bien. Allí sólo había miseria y desolación.

Terrible golpe fué para Náquir lo que veía. Se arrebató su sangre, agolpándose al corazón; su faz tomó la lividez propia de un cadáver; sus brazos temblaron; de su mano dolorida cayó el puñal con que intentaba dar muerte a su bienhechor; su alma angustiada sintió todos los dolores de la ambición burlada, del orgullo humillado. No pudo resistir más; sin sentido, cayó como muerto encima de aquella pobre y sencilla estera, donde había forjado momentos antes las

más bellas ilusiones, donde había alimentado las más doradas esperanzas.

El Mago, de pie, frente a Náquir, seguía haciéndole sus amargos reproches, no dejaba de ponerle de manifiesto su perversidad y sus crímenes, y repetía sin cesar:

— ¡Todo ha sido un sueño, un sueño! Volveré, volveré a verte todavía; y puesto que me has prohibido buscarte en Stambul, te veré en el Cairo. Pero cuando te encuentre en el Cairo, estaré a tu lado durante tres días, y antes de que el tercero se acabe tú serás sepultado en la tumba.

Náquir, abatido, desesperado, lloraba, ocultándose la cara, como llora el niño que pierde su juguete, o como el avaro negociante que ve hundirse la nave donde cargó sus riquezas, o como el ministro que se ve destituído de la privanza del soberano.

La tremenda voz acusadora cesó de lanzar sus ecos, y Náquir levantó la cabeza y abrió los ojos... El Mago había desaparecido.

Entonces se secaron sus lágrimas, y al desfallecimiento sucedió un ataque de rabia: sus ojos salían fuera de las órbitas; sus venas sentían en el interior arder un fuego

líquido que las abrasaba; sus nervios agarrotaban los miembros todos del cuerpo con dolor insufrible; su corazón palpitaba contra los costados con la fuerza de la pesada maza del herrero al golpear en el yunque.

Perdió por completo la razón. Con la pipa fatídica en una mano y el puñal asesino en la otra, todavía amenazaba a aquel misterioso personaje, que había truncado su destino. Todavía le gritaba: — ¡Criminal, demonio, genio infernal! ¡Devuélveme mi tesoro, dame mis cargos, restitúyeme al supremo visirazgo!

Luego ya no pronunció sonidos articulados; de su garganta, seca por el estrépito de sus gritos, de sus labios temblorosos sólo salían suspiros entrecortados; de su boca babeante no se escapaban más que aullidos de bestia salvaje.

Se revolcó por el suelo; rasgó e hizo añicos sus vestiduras; se arañó hasta arrancarse sangre y trozos de piel entre las uñas, y, no pudiendo resistir ya más aquel furioso ataque de rabia, agotadas todas sus fuerzas, cayó profundamente desvanecido.

La compasión de unos vecinos, atraídos por los espantosos gritos del infeliz Náquir,

le ayudó a salir de aquel lastimoso estado. Pero si recobró el uso de los sentidos, perdió la razón.

Todos comentaron que aquello era castigo de Dios por su conducta despreciable y criminal, y pensaron que acaso la Providencia quisiera evitar de aquel modo nuevos desmanes del malvado Náquir.

Como no cesara en sus gritos y en sus aullidos, avisaron al cadí, que fué acompañado de algunos médicos. Lo examinaron atentamente, mientras el infeliz sufría el ataque de rabia, y sus ojos centelleaban y sus venas hinchadas parecían a las cuerdas tensas del navío en medio de la tempestad, y sus dientes crujían enclavijados, y todo él parecía más que un hombre un tigre furioso, que quisiera lanzarse sobre los médicos y rasgarlos como guiñapos.

—¡Está loco furioso! — dijeron fríamente.

Y el cadí ordenó que lo ataran con fuertes cuerdas, y que lo condujeran a la casa de los locos.

EL ESPOSO ABANDONADO

Se dice que, bajo el reinado de Tching-ti, en la calle principal de Kuan-Chan, en la provincia de Sou-tcheu-fu, habitaba una familia llamada Tun, por sobrenombre Sung, cuyos antepasados eran ilustres. El marido y la mujer vivían de las rentas que les producían sus fincas. Ambos frisaban ya en los cuarenta años, y no tenían hijos. Sung-tun dijo un día a su esposa:

— Un antiguo refrán nos enseña que se debe educar a los hijos para ser cuidado por ellos en la vejez, y amontonar provisio-

---

Según los *Cuentos chinos*, edición París, 1827, volumen I, pág. 133.

nes para los tiempos de carestía. Nosotros no tenemos hijos, y pronto nuestros cabellos se tornarán grises. ¿Quién podremos esperar que sea el sostén de nuestra vejez?

— Nuestra familia es rica y noble, y no tenemos bienes adquiridos por medios injustos — adujo la esposa —. Tú eres el único descendiente, y el cielo no consentirá que se acabe la línea directa de tu familia, privándote de un heredero. Lo peor será que nos falte tiempo para educarlo.

Interrumpió la conversación un ruido que se oyó en la sala: uno preguntaba por Sung-tun. Era su buen amigo y compañero Liu-yu-tsai. Los antepasados de éste poseían un barco grande con el cual transportaban mercancías de una provincia a otra, y habían amasado una regular fortuna, que dedicaron a la misma nave; de suerte que valía muchos centenares de piezas de oro: estaba construída con madera de cedro y hacía el tráfico principalmente por la extensa región de Kiang-nan.

Era Liu amigo íntimo de Sung-tun. Apenas éste reconoció su voz, se apresuró a salir a su encuentro y lo recibió sin ceremonia: simplemente levantaron sus manos a

la altura del pecho y se sentaron frente a frente para tomar el te. Y hablando, hablando llegaron a tratar del objeto de la visita de Liu. Cinco años mayor que Sung-tun, tampoco tenía hijos, y deseaba hacer una ofrenda en el templo de las Señoras de Tchin-tcheu, a donde solía ir mucha gente a quemar incienso en gran cantidad. Para esto se necesitaba una servilleta amarilla *(pu-fu)* y un saco del mismo color *(pu-tai)*, donde se metiera el *caballo de Fo* y otras ofrendas doradas; después de quemado el incienso, estos objetos eran colgados en el templo familiar consagrado a Fo.

Liu, que estaba libre aquel día, juzgó la ocasión favorable y mandó detenerse a la barca en el puente con ánimo de entrar en el templo; pero como no tenía servilleta ni saco, fué a pedirlos prestados a Sung-tun, quien se los facilitó y decidió acompañarle para hacer la misma petición.

Prepararon, pues, algunos cirios, palos de incienso, papel cortado en forma de caballos, así como otras ofrendas de papel y los envolvieron con sumo cuidado. Vestidos elegantemente, se embarcaron, y con viento favorable recorrieron aquel día más de

setenta *lis* (1). Al anochecer llegaron al puente con el barco y allí anclaron. Al otro lado del puente un gran número de barcos mercantes de todos los países formaban una línea que se perdía de vista.

Se levantaron al otro día antes de amanecer y, después de haberse aseado a bordo, tomaron juntos un poco de arroz; luego se lavaron las manos y la boca y cogió cada cual su servilleta y su saco, en donde pusieron el papel dorado destinado a las ofrendas. Metieron el caballo de papel con las plegarias en el saco amarillo y se lo colgaron al cuello. Salieron del barco; y a paso lento se dirigieron al templo de las Señoras de Tchin-tcheu, a donde llegaron en el momento en que apuntaba el día. Aunque las puertas exteriores del templo estaban abiertas, las que conducían al altar permanecían cerradas. Mientras las abrían, paseáronse por los pórticos, examinando la construcción, que era elegante y bellísima.

Conforme paseaban, oyeron abrirse una puerta; un sacerdote vino a invitarlos para entrar al templo. Era aquella muy buena

(1) Décima parte de una legua.

hora; los que diariamente quemaban incienso aún no habían ido, y el candelero estaba vacío. El sacerdote tomó una lámpara y la encendió con una candela. Los dos amigos le entregaron sus peticiones para que las pusiera en manos del dios; y después de ofrecer incienso y terminar su plegaria, dieron una pequeña cantidad al sacerdote, quemaron las ofrendas de papel y abandonaron el templo.

Liu rogó a su amigo que lo acompañase hasta el barco, pero éste rehusó, y allí mismo se despidieron y separaron. Liu se fué en su barco. Sung-tun decidió visitar Leu-Meu, y para hacerlo, se fué a alquilar una barca. Conforme iba andando oyó gemidos que salían del fondo de la muralla y, acercándose, descubrió bajo un techo de paja adosado a lo largo del templo un sacerdote anciano, enfermo, que esperaba acostado su último instante. Si le llamaban, no oía; si le preguntaban, no podía responder; era aquel un triste espectáculo que impresionó vivamente a Sung-tun.

Un servidor del templo se le acercó y le dijo:

— ¡Extranjero! Si quieres hacer un acto

de compasión, dirige la vista sobre este anciano.

—¿Y qué puedo yo hacer en su obsequio? — preguntó Sung-tun.

— Comprar un ataúd donde colocar su cuerpo para quemarlo, según se usa con los

Un sacerdote enfermo esperaba acostado su último instante.

sacerdotes. Es un santo varón, que todo lo merece.

Sung-tun reflexionó que aquel acto de caridad lo conocería el Dios del cielo, y lo tendría en cuenta para acceder a la petición que allí le había llevado. Y, acompa-

ñado por el servidor del templo, fué a la tienda de un vendedor de ataúdes y adquirió el mejor que encontró, para lo cual hubo de gastarse todo el dinero que llevaba encima, y hasta necesitó vender su propio vestido y sus alhajas. La muerte del pobre sacerdote anciano le impresionó tan dolorosamente como si hubiera sido una persona de su familia; ni siquiera pudo resistir la vista del cadáver.

Cuando volvió a su casa por la noche y su mujer lo vió sin su túnica y con el rostro demudado, sospechó que había reñido con alguien, y quiso saber detalles; pero Sung-tun la tranquilizó y la contó lo que había pasado con el pobre sacerdote anciano; acción que su esposa aprobó y alabó sinceramente.

Aquella noche Sung-tun soñó que veía entrar en su alcoba al anciano sacerdote que, saludándole y dándole las gracias, le decía: «¡Mi bienhechor! Hasta ahora has vivido sin hijos, y este año debía ser el último de tu vida; pero como tu corazón se ha mostrado compasivo y virtuoso, la Divinidad ha decretado que se añada a tu existencia la mitad de la edad de un hombre.

Yo pido también a mi bienhechor que me considere como hijo, a fin de recompensarlo de la bondad que conmigo ha tenido, comprándome un ataúd.»

Su esposa Liu-chi tuvo también un sueño, durante el cual vió entrar en su cámara la imagen de oro del dios Luhau; despertóse, lanzando un grito que aterró a su marido. Entonces se comunicaron sus sueños, en los que se mezclaban lo real y lo fantástico.

Liu-chi tuvo, al fin, la alegría de un hijo, a quien llamaron Kin, por causa del sueño en el cual ella había visto el cuerpo de *oro* del dios Luhau, y fué nombrado Sung-kin. Casi por la misma época Liu-yu-tsai tuvo una hija, a quien se llamó Yi-tchuán.

Conforme crecían los niños, iban los padres haciendo proyectos para casarlos. Liu-yu-tsai consentía gozoso, porque era anhelo de su corazón; pero Sung-tun hacía objeciones, porque Liu-yu-tsai descendía de padres que habitaban en los barcos, y no era de familia antigua como la suya. Aunque no quisiera decirlo, era esto, a sus ojos, un obstáculo insuperable.

* * *

A los seis años de edad llegaba Sung-kin cuando su padre cayó enfermo y murió, con grave detrimento de la familia. Hay un antiguo proverbio que dice: «La prosperidad de una familia depende únicamente de la existencia del jefe, y los esfuerzos reunidos de diez mujeres no pueden compararse a los de un hombre.»

Después de la muerte de Sung-tun, su viuda, Liu-chi, dirigió los asuntos de la familia. Pero llegó un año de gran escasez; y como las gentes de la aldea odiaban a la viuda y al huérfano, lo mismo que a los criados, y Liu-chi notó que la renta era incierta, se deshizo de sus haciendas en cuanto se le presentó ocasión, y alquiló una casa para vivir. Al principio se hizo la pobre; mas apenas habían transcurrido diez años lo fué en efecto. Después de haber vivido con los últimos restos de su fortuna cayó enferma: poco tiempo después murió.

Sung-kin, huérfano y sin recursos, fué echado de la casa por el dueño, y no tuvo ni un solo lugar para poder refugiarse. Por dicha para él había aprendido a escribir y a contar desde su niñez, y el azar hizo que se encontrase en su ciudad natal un hombre

de letras, llamado Fan, que habiendo sido nombrado para un alto cargo administrativo en Tche-Kiang, andaba buscando una persona que tuviese buena letra y supiera de cuentas. Alguien lo dijo al huérfano, y se presentó a Fan: éste halló en Sung-kin un joven de aspecto agradable, y se enteró, por una serie de preguntas, de que conocía bien las formas regulares y cursivas de la escritura y la aritmética simple y compuesta.

Aquel mismo día ocupó Sung-kin su plaza de secretario, y recibió un vestido completo, nuevo. Comía en la misma mesa que su amo, que lo trataba con la mayor bondad. Llegado el momento oportuno, embarcó en un navío del Gobierno, con el honorable señor Fan, que se dirigía a su destino.

Aunque Sung-kin fuese pobre, descendía de una familia respetable, y, viéndose como secretario de Fan, se habría creído rebajado si hubiese trabado familiaridad con los criados, como los rayos del sol que se mezclan con las partículas del polvo; pero esta conducta le atrajo el resentimiento de aquéllos, que ya le despreciaban por su juventud.

La comitiva del gobernador siguió su ruta hasta Kang-tcheu, desde donde había de

seguir por tierra. Los criados expusieron aquí sus quejas contra el joven secretario, y dijeron a Fan:

— Señor, este mozo que hace de secretario y es tu servidor, debería ser humilde y cuidadoso; pero no cumple con sus deberes. Tus bondades, señor, para con él han sido excesivas: le permites sentarse y comer en tu compañía, lo que tal vez podría tolerarse cuando íbamos embarcados; pero ahora que vamos a viajar por tierra y a vivir en lujosos albergues, sería conveniente que le exigieras respeto. Hemos cambiado impresiones y nos parece que lo mejor fuera que firmase un compromiso con sus obligaciones detalladas, para que no pudiera permitirse la menor negligencia ni olvido en su empleo.

Era el gobernador de carácter dulce y benigno, y, conformándose con lo que sus domésticos le decían, mandó llamar a Sungkin a su aposento y le rogó que firmase el compromiso; el joven huérfano rehusó hacerlo, aunque fué rogado varias veces. Tal conducta excitó la cólera de Fan, que ordenó a sus servidores que despojaran a Sung de sus vestidos y lo arrojaran del barco. Al

momento los envidiosos criados lo dejaron en la orilla del río, después de haberle quitado sus vestidos, excepto uno bastante usado.

Más de una hora hubo de pasar para que Sung-kin se repusiera. Lo primero que vió fué el palanquín y los caballos que esperaban al gobernador Fan, para continuar su viaje. Contuvo sus lágrimas, volvió la espalda y se alejó dignamente.

Como no tenía ningún objeto de valor y sentía hambre vivísima, imitó los ejemplos de algunos sabios antiguos, y pidió limosna por las calles durante el día; a la noche se retiró a un templo en ruinas.

Así continuó algún tiempo; pero conservaba una especie de superioridad en su triste situación, no hacía como los demás mendigos, que no tenían vergüenza de ponerse de rodillas y de emplear las expresiones más serviles. Si lograba alguna limosna, se servía de ella; si no, sabía soportar con paciencia el hambre; unas veces tenía con qué procurarse una comida; otras se pasaba sin ella muchos días seguidos, hasta que al fin se vió reducido a un estado lamentable de debilidad y postración.

El otoño avanzaba, los vientos del Norte traían con rapidez los fríos; empezó a llover copiosamente. Sung-kin había agotado su escasa provisión de alimentos, y como no tenía más que un vestido para cubrirse, se quedaba metido en las ruinas del templo, sin poder salir, a pesar de los sufrimientos que el hambre y el frío le ocasionaban.

Cuando el tiempo aclaró un poco, Sung-kin se ciñó el cinturón y salió del templo. Apenas había andado algunos pasos se encontró a una persona, a quien reconoció al momento: era Liu-yu-tsai, el íntimo amigo de su padre. Sung-kin se avergonzó y, para evitar que el otro le viera, bajó la cabeza y continuó su camino, con los ojos fijos en tierra. Pero Liu-yu-tsai ya lo había reconocido, y acercándose a él por detrás, le detuvo con la mano, preguntándole:

— ¿No eres tú el joven Sung? ¿Qué te sucede para verte en este estado?

El pobre huérfano, con lágrimas en los ojos, le contestó, juntando las manos:

— Mi vestido es tal, que no me atrevo siquiera a cumplir los deberes de cortesía; pero ya que tú eres mi venerable tío, ten la paciencia de oír mis desgracias.

Y le contó la acción indigna que con él había realizado el gobernador Fan, y los sucesos posteriores.

— La compasión — dijo Liu-yu-tsai — es un sentimiento natural, y todos los hombres lo sienten. Vas a venir conmigo a mi barco; trabajarás, y yo, en cambio, te alimentaré y te vestiré.

El infeliz mancebo se puso de rodillas y dijo:

— Si tú me das trabajo, yo te serviré con tanta fidelidad como si fueses mi padre o mi madre resucitados, y muy agradecido.

* * *

Liu llevó a Sung-kin a la orilla del barco; pero antes de subirle, fué a informar a su esposa de lo que sucedía. La señora afirmó que aquel proyecto era conveniente para las dos partes. Entonces Liu hizo señas a Sung-kin para que subiera a bordo, y despojándose del vestido que llevaba puesto, se lo dió para que se lo pusiera y le llevó después al camarote para que saludara a la señora; con ella estaba su hija Yi-tchuán. Sung-kin ofreció sus respetos a las dos y se fué inmediatamente al combés.

Liu hizo señas a Sung-kin para que subiera a bordo.

Por indicación de Liu, madre e hija prepararon alguna comida para el joven, y se la ofreció la señora, pidiéndole excusas por no tener a bordo las comodidades que se disfrutan en las casas. Sung-kin lo aceptó. Liu observó que hacía bastante niebla y pidió a su hija trajera el sombrero viejo que estaba detrás del camarote y se lo diera a Sung-kin para cubrirse la cabeza. Pero Yi-tchuán notó, al cogerlo, que estaba roto por un lado; buscó apresuradamente aguja e hilo, y lo cosió; después se lo arrojó a Sung para que se lo pusiera.

Luego mezcló te caliente con arroz frío, y se puso a comer.

Así que hubo terminado, Liu le encargó poner todo en orden y limpiar el combés, mientras él iba a tierra, de donde volvería tarde. Al otro dia, cuando Liu se levantó, halló a Sung sentado en la proa sin hacer nada; pensó que no era corriente ver aquello en los criados nuevos, y le gritó:

— ¡Mozo! ¡Tú comes mi arroz y llevas mis vestidos, y, a pesar de esto, eres perezoso! ¡Vamos! ¡De prisa! ¡Dobla esta cuerda! ¡Pon cada cosa en su sitio! ¿Qué haces ahí sentado sin ocuparte en nada?

— Cualesquiera que sean tus órdenes — replicó Sung —, las cumpliré y te obedeceré con gusto.

Entonces Liu le dió un paquete de cortezas de árbol, enseñándole cómo tenía que trabajar.

Sung-kin trabajaba desde por la mañana hasta por la noche, sin estar nunca ocioso.

Como sabía contabilidad, anotaba en el registro del barco todas las mercancías que entraban o salían, sin cometer ningún error. Algunas veces ocurría que lo venían a buscar gentes de otros barcos cuando tenían que hacer alguna transacción, para ayudarles a arreglar sus cuentas. Todos le querían y le respetaban por su buen carácter y por su gran inteligencia.

Los dueños del barco, viendo su utilidad y su laboriosidad, no solamente le miraban con benevolencia, sino que le dieron buenos vestidos y abundante comida, llegando a reconocerle por sobrino en presencia de los extranjeros.

Sung-kin quedó muy satisfecho de tales atenciones, y pronto volvió a tener su porte acostumbrado, que cautivaba a todos los habitantes de los barcos.

El tiempo pasó con la rapidez de una flecha: habían transcurrido más de dos años. Liu-yu-tsai pensó que él y su esposa eran ya viejos y aún no habían buscado a su hija un marido que pudiera ser su sostén en la vida; a él le parecía el más a propósito Sung-kin; pero no sabía qué opinaría su esposa. Aquella misma noche, conforme él bebía te en compañía de su mujer, estando presente la joven Yi-tchuán, se la mostró a la madre, diciéndola:

— Yi-tchuán está ya en edad de casarse; porque habiendo de quedarse sola, ¿quién la sostendrá?

— Es éste un asunto importantísimo — respondió la señora —, sobre todo si se mira nuestra avanzada edad. ¿Por qué no te has ocupado en ello con más interés?

— Este pensamiento — repuso Liu — no se me ha ocurrido precisamente hoy: hace ya tiempo que vengo pensando en ello; pero es difícil encontrar una persona que nos convenga tanto como Sung-kin, el que vive en nuestro barco, que sepa llevar bien un comercio y que sea hombre de mérito; entre mil no encontraríamos uno que se le pareciese.

— ¿Y por qué no le das la mano de nuestra hija? — preguntó la esposa.

— ¿Qué quieres? — replicó Liu, con un dejo de ironía —. No tiene casa, ni medios de vida; depende únicamente del auxilio que nosotros le prestamos; no posee nada; ¿convendría, pues, que le diéramos a nuestra hija?

— Sung - contestó la esposa — es hijo de un hombre que ocupó un empleo, y, además, hijo de tu mejor amigo, ya difunto; cuando él vivía, ya hubo proposiciones para este matrimonio, como seguramente recordarás. Por desgraciada que sea su actual situación, no deja de ser un hombre hábil, que sabe perfectamente contabilidad y es buen comerciante. Hazle entrar en la familia, y no creo que haremos ninguna cosa mala; y cuando los dos seamos viejos, tendremos alguien que pueda sostenernos.

— ¿Esta es tu última palabra?

— ¿Por qué no ha de serlo?

— Pues entonces me parece bien — asintió Liu con gran satisfacción, ya que él tenía ciertos temores de que su esposa fuera de otra manera de pensar.

De primera intención Sung rehusó el

ofrecimiento con modestia; pero cuando estuvo cierto de la buena disposición de sus patronos, y de que no le pedían nada, hubo de conformarse a sus deseos.

Liu fué a consultar a los astrólogos y escogió un día feliz para celebrar la boda. En seguida partió con su barco para Kuan-Chan, y lo primero que hizo fué enviar a Sung el gorro de ceremonia (1), junto con un hermoso vestido de seda. Todo lo que Sung llevaba encima era nuevo, desde los pies a la cabeza, y, así vestido, tenía aún más simpático aspecto. La madre, por su parte, preparó los vestidos y alhajas de la novia.

Llegado el día feliz, se invitó a los parientes y amigos para la boda y hubo un espléndido festín. Sung-kin subió a bordo por la noche y fué presentado a su esposa (2). Al día siguiente los parientes y amigos vinieron a felicitar al nuevo matrimo-

---

(1) Equivalía esto en las costumbres chinas a la publicación de amonestaciones y al contrato matrimonial en Europa.

(2) La costumbre era llevar a la esposa al barco del esposo, pero como en este caso Sung no tenía barco, se trueca la costumbre.

nio, y se pasaron, insensiblemente, tres días seguidos en fiestas y regocijos.

* * *

Después del matrimonio Sung y su esposa vivieron tiernamente unidos. Continua-

Sung-kin fué presentado a su esposa.

ron el tráfico con su barco y su prosperidad crecía constantemente.

Al cabo de dos años, transcurridos insensiblemente, Yi-tchuán tuvo una hija. Para sus padres fué un tesoro, y cada uno de ellos se cuidaba de la niña. Pero aún no tendría

un año, cuando la niña cayó enferma, atacada de la viruela. La visitaron muchos médicos; pero todo fué inútil: la criatura murió al décimo día de enfermedad. Sung lloró a su hija querida hasta el punto de que se le agotaron las fuerzas y cayó en una extrema consunción; tan pronto se quejaba del frío, tan pronto se lamentaba del calor; perdió el apetito y cada día comía menos, hasta que al fin no le quedó carne sobre los huesos y le fué imposible ocuparse en la cosa más nimia.

Los suegros confiaron al principio en que se restablecería (pues ellos habían consultado a los adivinos a tal propósito); pero había pasado más de un año sin que el infeliz experimentase ningún alivio; parecía que su enfermedad había aumentado, tanto que Sung más bien tenía trazas de un espectro que de un ser viviente. No podía hacer absolutamente nada, y si lo miraban, empezaba a llorar lo mismo que si le hubieran echado pimienta en los ojos. Habría sido mejor que la muerte le librase de aquel miserable estado; pero no debía ser así.

Los ancianos esposos se arrepentían sin cesar de haberle dado a su hija en matri-

monio, y tantos reproches se hicieron el uno al otro, que acabaron por encolerizarse violentamente. Ellos habían contado con que les sirviera de hijo y los sostuviera en su vejez, y resultaba, a juzgar por su aspecto, que ni estaba muerto ni vivo, y parecía una serpiente venenosa enroscada a un cadáver.

«Dándole nuestra encantadora hija — se decían —, la hemos privado de un sostén para lo futuro y hemos obrado mal. Hay que buscar algún medio para salir de este apuro; entonces podremos casar a nuestra hija con otro joven robusto y lograremos tener tranquilidad.»

Tras muchas dudas y consultas, se trazaron su plan; pero lo ocultaron cuidadosamente a su hija, contentándose con decirla que tenían que hacer unos asuntos al Norte de Kiang, y se iban a ir allí con su barco.

Conforme avanzaban por el lado de Wu-ki, en el Si-tcheu, llegaron a un lugar inhabitado, donde vieron una montaña aislada, y donde todo parecía solitario. A lo lejos se oía el ruido de un cascada de agua, pero no se podía descubrir ningún vestigio humano, ni en la arena ni en el agua.

El viento era aquel día algo contrario, y Liu, para ejecutar su proyecto, tomó el timón y dirigió el barco en sentido opuesto, hasta hacerle tocar en la arena. Llamó entonces a Sung para que le ayudara; pero éste no se podía tener en pie. Entonces Liu le injurió, diciéndole:

—¡Miserable extenuado! Puesto que no tienes fuerza para ser útil a bordo, baja a la orilla a cortar leña y tráetela; así, al menos, no tendremos que comprarla en la ciudad.

El infeliz enfermo, atemorizado, cogió el hacha, se apretó el cinturón, bajó a tierra y se adelantó por la parte más espesa del bosque. Pero aunque había allí árboles en abundancia, habría hecho falta fuerza para abatirlos. Sung se contentó con recoger algunas ramas secas y cortar algunas malezas. Luego arrancó un bambú para atar lo que había juntado, e hizo dos grandes haces; pero como no tenía resistencia para llevarlos a cuestas, le ocurrió la idea de arrancar otro bambú y poner los dos haces en uno y estirar de la punta del lazo, para arrastrarlo.

Luego de haber andado un corto trecho,

se acordó de que se había dejado el hacha en el suelo; volvió sobre sus pasos, recogióla, la metió entre la leña y arrastró lentamente el haz hacia la orilla donde el barco había anclado. Pero no vió la nave en toda la extensión que la vista alcanzaba, ni otra cosa que el río y la ribera.

Sung erró largo rato a la orilla del río para descubrir el barco; pero ni la menor huella de él pudo encontrar. Mientras tanto, el sol empezaba a ocultarse por Occidente. Sung comprendió que su suegro le había abandonado.

* * *

¿Qué podía hacer el infeliz en tal apuro? No había camino para subir al cielo, ni puerta para entrar en la tierra... Dando rienda suelta a su dolor, gritó hasta que se agotaron sus fuerzas y cayó al suelo sin conocimiento. Cerca de una hora continuó privado, y al volver en sí vió sobre la orilla, con gran asombro suyo, un sacerdote anciano que se le acercó apoyándose en su bastón, y le habló en estos términos:

— ¡Mi bienhechor y compañero! ¿Cómo

has venido hasta aquí? No es lugar éste donde puedas morar.

Sung-kin se levantó penosamente, le saludó y le contó la manera cómo su suegro le había abandonado, y a la vez le suplicó que le protegiera y le conservara la vida.

— Mi choza — le contestó el anciano — está cerca de aquí; por ahora puedes quedarte allí conmigo; después veremos qué conviene hacer.

El pobre enfermo abandonado dió las gracias al sacerdote y se apresuró a seguirle. Después de haber andado como un cuarto de milla llegaron a la choza. El sacerdote tomó un guijarro y un eslabón para encender fuego; preparó un poco de sopa, que dió a Sung-kin, preguntándole toda clase de detalles sobre cuanto le había acaecido con su suegro, a lo que el enfermo satisfizo cumplidamente.

— ¿Y tú, mi digno bienhechor — preguntóle el anciano sacerdote —, guardas alguna animosidad contra tu suegro?

— Cuando yo solicité su bondad — respondió Sung — él se mostró caritativo conmigo, me recibió en su barco, me alimentó y hasta me entregó a su propia hija. Pero

viendo que yo estoy gravemente enfermo y a punto de morir, me ha abandonado. ¿Me atrevería yo a tenerle alguna animosidad? ¿Sería noble si le guardase rencor?

— Los sentimientos que acabas de expresar — dijo el sacerdote — están llenos de nobleza y de virtud. Tu enfermedad no proviene más que del abatimiento de un corazón enfermo, y no está al alcance de la medicina tu curación; pero si llegas a tranquilizar tu alma, te restablecerás. ¿Has rezado las oraciones que Fo tiene mandadas?

Sung contestó que hasta entonces no lo había hecho, y el anciano sacó de su manga el *Libro de las plegarias,* sellado con el corazón de Fo, y se lo entregó, asegurándole que si repetía un capítulo cada día, sería libre de todo mal pensamiento, y que en lugar de ser víctima de la aflicción, poseería riquezas considerables y alcanzaría una edad avanzada.

Sung-kin y el anciano sacerdote se sentaron para hacer un acto de adoración; cerraron los ojos y se pusieron a orar hasta que amaneció; mas Sung se durmió involuntariamente, y cuando despertó no vió al anciano ni la cabaña; pero con gran sorpresa

Sung, maravillado, vió en la mont

halló a su lado el *Libro de las plegarias* y, abriéndolo, se dió cuenta de que lo sabía todo entero. No tuvo más remedio que reconocer que había en todo aquello algo de sobrenatural. Se fué a enjuagar la boca a un estanque cercano, y dirigió una plegaria al dios Kin-lang.

Sintió que su pena disminuía por grados y que sus fuerzas volvían enteramente. Reconoció entonces que el personaje había sido enviado en su auxilio por la Providencia, a causa de la virtud pasada, y levantando los ojos al cielo, se inclinó y dió gra-

ocho magníficos cofres (pág. 106.)

cias fervientes a Lung, el dios del cielo, por haberle curado su dolencia.

* * *

Sin embargo, Sung-kin era todavía tan flotante como una brizna de hierba en la superficie del Océano. No sabiendo dónde estar, erraba a la ventura; pero no tardó en sentir hambre, y mirando a una montaña que estaba delante, creyó ver algo que le parecía una casa, y no teniendo en aquellas circunstancias otro recurso que volver a to-

mar su antiguo oficio, se adelantó hacia la montaña con ánimo resuelto de mendigar.

Cuando Sung llegó a la montaña no vió casa alguna. Quedóse maravillado ante la presencia de una gran cantidad de picas y de lanzas plantadas en la tierra.

Después de haber tomado un respiro, siguió su marcha y llegó a un viejo templo en ruinas, en el cual había ocho cofres, cerrados y sellados, recubiertos con ramas de pino. Sung-kin, al ver los cofres, pensó que guardaban algún rico botín, y que se les había rodeado de picas y de lanzas para estorbar que las gentes se acercasen. Aunque ignoraba cómo podía haber ido aquello allí, resolvió llevárselos. Y para esto imaginó la siguiente astucia: fué arrancando ramas de pino y las plantó a medida que avanzaba, para reconocer el camino, marchando con mucha precaución, hasta que estuvo fuera del bosque. Fuése directamente al río, y por feliz casualidad halló un barco que había anclado para reparar averías en el timón, ocasionadas por una tempestad, en lo cual se ocupaba parte de la tripulación.

Sung, fingiéndose muy agitado, gritó a los que estaban a bordo, diciéndoles:

— Yo me llamo Tsian-kin de Cheu-si, y acompañaba a mi tío en el Hu-kuang, para ciertos asuntos, cuando hemos sido asaltados por ladrones, que lo han asesinado; les he dicho que yo era su criado, enfermo hace mucho tiempo, y les he suplicado dejarme la vida. Los ladrones me han puesto un guardia de vista y nos han enviado al templo a los dos para vigilar el botín, mientras que ellos se dispersaban en diferentes direcciones. El cielo me ha sido propicio librándome de mi guardián: anoche le ha mordido una serpiente venenosa y ha muerto. Yo me he podido escapar, y soy doblemente feliz, porque me podréis llevar en vuestro barco.

Los tripulantes le escuchaban, pero sin dar entero crédito a sus palabras.

Sung-kin añadió:

— He visto en el templo, que no está lejos de aquí, los ocho cofres que contienen toda la fortuna de mi familia. Os ruego que vengáis algunos para traerlos y cargarlos en el barco; en recompensa de vuestro trabajo os daré uno y os quedaré obligadísimo; pero os ruego que os apresuréis, porque se podría apostar mil contra uno a que los ladro-

nes volverán, y entonces esta empresa no se podría llevar a cabo sin grandes riesgos.

Para buscar riquezas andaría un hombre hasta mil leguas de camino; los marineros aceptaron contentísimos el ir, sabiendo que había ocho cofres de mercancías.

Eligieron a los ocho más fuertes y, provistos con ocho pares de ramas de bambú, siguieron a Sung-kin al templo, en donde encontraron, efectivamente, las ocho cajas; pero como eran muy pesadas, hacían falta dos hombres para llevar una sola; les vinieron muy bien las ramas de bambú. Sung-kin arrancó las lanzas y las picas y las ocultó en la hierba, que era muy alta.

Las cajas fueron llevadas al barco y, habiendo sido ya reparado el timón, los marineros preguntaron a Sung dónde quería ir; él respondió que a Nankín, su ciudad natal. Y como el barco se dirigía precisamente allí, se dieron a la vela y, tras haber navegado una buena cantidad de millas, se detuvieron. Toda la tripulación fué a presentar sus respetos al señor de Cheu-si, y los que tenían dinero escotaron para comprar con qué hacer una comida en común.

Al otro día, aprovechando un buen viento

del Oeste, desplegaron velas, y en poco tiempo llegaron a Kue-tcheu, donde anclaron. Como de allí a Nankín sólo había dos millas, Sung llamó una barca, escogió las siete cajas más pesadas, las cargó en ella, y dió la otra a los marineros, que la recibieron con muestras de sincero reconocimiento. Se reunieron todos para presenciar en silencio la apertura de la caja y repartirse el contenido.

Sung alquiló una habitación, y mandó venir a un cerrajero, para levantar la cerradura de las arcas; las encontró llenas de perlas, diamantes y otras alhajas preciosas.

Aquel botín debía de estar acumulado hacía muchos años y haber sido cogido a muchas personas y en varias ocasiones.

El afortunado Sung no llevó de primera intención al mercado más que la centésima parte de un arca, que le valió muchos miles de monedas de oro. Luego se fué a vivir al interior de la ciudad; compró esclavos para su servicio, se vistió magníficamente, y adoptó un tren de vida lujosísimo. Escogió en las otras seis arcas los objetos más bonitos, que guardó para su propio uso, y vendió el resto en grandes sumas. Adquirió un

Cada uno de los cofres contenía un riquísimo tesoro en piedras preciosas.

terreno situado dentro de la puerta de la ciudad de Nankín, en donde construyó una casa soberbia, con pabellones de verano, y la rodeó de jardines, y amuebló suntuosamente.

Puso una tienda delante de la casa y compró tierras en diversos lugares. Tenía muchos criados para el servicio de la casa, y otros varios para llevar los asuntos de fuera; para que le acompañaran cuando salía de casa, tomó cuatro pajes de elegante figura. Por toda la ciudad se extendió su fama, y se le dió el título de señor Tsian. Salía siempre en carruaje o a caballo y, al volver a su casa, se hallaba rodeado de todas las comodidades que contribuyen a hacer agradable la vida.

Hay un antiguo proverbio que dice que «los que viven en la abundancia, cambian de carácter, y los que viven en el lujo, cambian el talle». Sung-kin era ahora opulento, estaba lleno de vigor y de salud. No conservaba nada del desmedrado aspecto que antes tenía.

* * *

Por lo que toca a Yi-tchuán, la esposa de Sung-kin, cuando vió que su padre enviaba a su marido a tierra para cortar leña, pensó que su padre no se había fijado en que el pobre estaba enfermo, pues de otro modo no le hubiera mandado cosa semejante. Ella habría deseado decirle que no fuera, pero temía oponerse a las órdenes de su padre. Mientras pensaba lo que debía hacer, vió a Liu que se alejaba a toda prisa de la orilla y que tomaba el timón para cambiar la dirección del barco y darse a la vela.

Yi-tchuán, aterrada, exclamó:

— ¡Padre, padre! Mi marido está en tierra; ¿por qué te alejas?

Su madre le dijo con tono desdeñoso:

— ¿Quién es tu marido? ¿Esa ruin criatura? ¿Puedes pensar todavía en él?

— ¡Madre mía!, ¿qué dices? — preguntó Yi-tchuán, prorrumpiendo en sollozos.

— Tu padre — le contestó la señora —, viendo que Sung está siempre enfermo y que no puede curarse, teme que te transmita su enfermedad, y se le ha ocurrido un medio de librarte de ese desdichado.

Yi-tchuán se estremeció de espanto y sus lágrimas salieron de sus ojos como el agua

de una fuente. Corrió al camarote y se apoderó de una cuerda para izar la vela y volver el barco; pero su madre la cogió, como animada de un terror mortal, y la hizo entrar de nuevo en su aposento. Yi-tchuán, golpeándose el pecho, lloraba amargamente, e invocaba al cielo y a la tierra para que la devolvieran a su amado Sung.

Mientras tanto, con viento y marea favorables, el barco había andado muchas millas, cuando Liu entró en el camarote, y dirigió a su hija las amonestaciones siguientes:

— Escucha, hija mía, un consejo de mi parte: las mujeres casadas tienen un refrán que dice que «un año desgraciado iguala a un siglo de miseria». La enfermedad de tu marido causará su muerte más pronto o más tarde, y los que nos rodean desean que este lazo se rompa: ¿no es este mismo tu deseo? Cuanto antes os separéis, será mejor; entonces irá todo bien y tú serás como una fuente pura. Espera un poco y yo te buscaré otro marido que viva siempre contigo. No pienses más en aquél.

— ¿Cómo puedes obrar así, padre mío? — preguntó Yi-tchuán —. Esta conducta es

contraria a la justicia y a la humanidad y violas con ella todas las leyes del cielo. Mi matrimonio con Sung ha sido a elección tuya y de mi madre; la muerte sola puede romper nuestros lazos.

Después de limpiarse las lágrimas, continuó:

— ¿Cómo es posible volverse atrás de lo hecho y cambiar de sentimientos? Aunque él hubiese de estar enfermo el resto de sus días, nosotros deberíamos esperar con paciencia el fin de su vida inocente. ¿Cómo puedes soportar la idea de haberlo dejado abandonado en un paraje desierto? Mi querido Sung morirá por mi causa, y yo no le sobreviviré mucho. ¡Padre mío, si tienes piedad de tu hija, vuelve inmediatamente el barco, remonta la corriente, y busquemos a mi marido: si lo encuentras, evitarás los reproches de las gentes!

— Cuando ese infeliz enfermo — contestó agriamente Liu — haya visto que el barco se ha alejado, se habrá dirigido a otro lugar para buscarse alimentos: ¿de qué nos serviría buscarle? Puesto que bogamos con viento favorable y con ayuda de la marea, y ya hemos navegado bastantes millas, ¿no

es mejor seguir la corriente que luchar contra ella? Yo te invito a que tengas calma y todo irá bien.

Viendo Yi-tchuán que su padre no quería acceder a sus deseos, comenzó a llorar y a gritar y se salió del camarote con ánimo de arrojarse al agua. Felizmente su madre la sujetó. Yi-tchuán juró que pondría fin a su vida, y continuó llorando.

Los viejos no se imaginaban que su hija persistiese en tal resolución. La vigilaron casi toda la noche, y al otro día, para darle gusto, cambiaron de rumbo; pero como iban contra viento y corriente, apenas pudieron navegar la mitad que el día anterior. Yi-tchuán seguía inconsolable.

Al cabo de tres días llegaron, por fin, al sitio donde se había quedado Sung.

Bajó Yi-tchuán a tierra y acompañó a su padre en la busca de su marido. Cuando ella vió los dos haces de leña tirados en la arena, y el hacha, exclamó:

— Aquí está la leña que mi pobre Sung había recogido; pero él no está.

Su dolor aumentó. Como no podía persuadirse de que realmente hubiera muerto, resolvió avanzar más adelante a buscarle.

Su padre la acompañaba por todas partes. Después de haber andado mucho tiempo sin descubrir siquiera la huella de su paso, notaron que hacía ya sombra bajo los árboles. Liu, viendo que la montaña estaba lejos, aconsejó a su hija volver al barco: allí Yi-tchuán siguió llorando toda la noche.

El cuarto día Yi-tchuán llamó a su padre para ir otra vez a buscar a su marido; pero aunque recorrieron toda la isla, no pudieron descubrir ningún vestigio. Lloró la infeliz hasta que volvió al barco y se entregó a las más amargas reflexiones.

«En un lugar tan desierto como éste — pensaba —, ¿a quién se habrá dirigido para pedirle algún alimento? Enfermo y sin poder andar, habrá dejado el hacha en la arena y se habrá arrojado al agua para poner fin a su existencia.»

Y siguió haciendo otros extremos de dolor, y hasta intentó arrojarse al río, cosa que su madre impidió.

— Vosotros podréis alimentar mi cuerpo — decía ella —, pero no lograréis alimentar mi alma; no deseo más que la muerte. Dejadme morir pronto, para ver cuanto antes la figura de mi amado Sung.

Los viejos, ante la excesiva pena de su hija, no sabían qué hacer. Por fin, la dijeron:

— Querida hija, tus padres han obrado mal y se han engañado en sus proyectos; reconocen su falta; pero, desgraciadamente, con arrepentirse nada se enmienda. ¡Compadécete de nosotros! Somos viejos, y si murieses tú, que eres nuestro único apoyo, pasaríamos el resto de nuestros días sumidos en la más negra tristeza. Te rogamos que perdones nuestro crimen y te muestres indulgente y generosa. Escribiremos un anuncio y lo fijaremos en todos los lugares públicos: si Sung vive todavía, lo leerá y se decidirá a volver con nosotros; pero si al cabo de tres meses no oímos hablar de él, puedes ponerte de luto y pedir por su felicidad en el otro mundo; nosotros proveeremos ampliamente a todos los gastos.

Yi-tchuán, sumida en lágrimas, les dió las gracias y les dijo:

— Si obráis así, vuestra hija morirá en paz.

Liu escribió un anuncio y lo hizo fijar en todos los muros.

Transcurrieron tres meses sin que hubie-

se noticia alguna de Sung-kin. Yi-tchuán dijo a sus padres que su marido había muerto seguramente. Se vistió de luto con traje de cáñamo, dejó sus cabellos sin atar y flotando sobre sus hombros. Colgó en el muro la tableta de su marido e hizo ofrendas por él; mandó buscar a nueve sacerdotes para que dijeran plegarias durante tres días y tres noches consecutivos; se quitó los zarcillos y las horquillas y se los dió a los sacerdotes, para que ellos siguieran pidiendo por la felicidad de su difunto marido.

Los padres amaban entonces a su hija más que nunca, y por no contrariarla, soportaron con paciencia los clamores de los sacerdotes en sus plegarias, durante muchos días. Los vecinos se asociaron al dolor de Yi-tchuán, que siguió sus llantos seis meses enteros.

Creyendo que el dolor de su hija disminuía, los padres pensaron en volverla a casar; aunque por consejo de la madre, había que limitarse a insinuarla la idea, no fuera a rehusar. Pasado algún tiempo y con ocasión de la fiesta de los últimos días del año, su padre le habló de nuevo matrimonio, y la supuesta viuda se mantuvo terca

en sus propósitos de guardar fidelidad a la memoria de su esposo, negándose a beber vino (el vino estaba prohibido a las viudas) y a comer carne. Sus padres hubieron de resignarse a dejarla cumplir su resolución.

* * *

Hacía cerca de dos años que Sung vivía en Nankín, en medio de la mayor fastuosidad y elegancia, cuando vino a su mente el recuerdo de sus suegros. Se habían conducido, ciertamente, de un modo cruel con él. Pero su esposa era de carácter dulce y amable, y no habría consentido en que se le abandonase; él no podía, por tanto, pensar en casarse con otra. Dejó el cuidado de su casa a su mayordomo; tomó consigo una suma de tres mil taels de plata, y, acompañado por sus criados y pajes, fletó un barco para ir directamente a Kuan-Chan a informarse de lo que había sido del matrimonio Liu. Los vecinos le dijeron que se habían ido tres días antes a Yi-thing. Empleó Sung el dinero que tenía en fardos de tela y se dirigió a Yi-thing. Se hospedó en un albergue muy afamado, y en él depositó sus mercan-

cías. Al día siguiente fué a la orilla del río a buscar el barco de Liu. No tardó en encontrarlo y pudo ver a su mujer con traje de luto, de lo cual dedujo que le había guardado fidelidad, cosa que le impresionó vivamente.

Vuelto a su albergue, llamó al dueño, Wang, y le dijo:

— He visto en el río una bellísima batelera de luto; creo que es la hija de Liu. Hace tres años que estoy viudo, y desearía casarme con ella en segundas nupcias. ¿Querrás tú invitar a Liu y hablar con él de este asunto? Si exige de dote algún dinero, yo estoy dispuesto a pagar un millar de monedas de oro.

Wang invitó a Liu, le instaló en el lugar de honor, y después de haberle obsequiado, le habló de su proyecto:

— Hay ahora en mi casa un señor, Tsian de Cheu-si, que es extraordinariamente rico; hace tres años que está viudo, y, habiéndose enamorado de tu bellísima hija, desea casarse con ella. Le ofrece en dote mil monedas de oro, y me ha encargado que te informe de ello. Espero que no rehusarás proposiciones tan ventajosas.

— Nada puede haber más dichoso para la hija de un barco — respondió Liu —, que casarse con un hombre rico; pero ella desea mantenerse fiel a su primer esposo, y prefiere morir antes que volverse a casar. No puedo mezclarme en el asunto.

El dueño del albergue informó al señor Tsian de la conversación que sostuvo con el padre de su pretendida, y Sung recibió otra prueba más de la fidelidad de su esposa.

— Puesto que no quiere concederme la mano de su hija — dijo a Wang — desearía al menos alquilar su barco para transportar mercaderías de que me quiero deshacer; quizá también ponga dificultades a esto.

— Los barcos del país — replicó Wang — están todos el servicio de los señores del imperio; no tienes necesidad de pedir nada, sino de dar órdenes.

Y seguidamente se fué Wang a ver a Liu para alquilarle el barco, en lo cual consintió sin ninguna dificultad.

Sung-kin ordenó a sus criados llevar su equipaje al barco, dejando las mercancías para el día siguiente. Se puso un traje magnífico; sus pajes vestían libreas verdes y

llevaban en la mano un incensario donde quemaban delicados perfumes.

Los dueños del barco no dudaron que aquel magnífico señor era el riquísimo Tsian de Cheu-si, y no se ocuparon en informarse más; al contrario que Yi-tchuán, que al ver al señor comerciante, notó que se parecía mucho a su marido, aunque no se atrevió a pensar que fuera él.

El señor Tsian, apenas estuvo en el barco, pidió arroz y te. Luego, regañando a sus criados, les gritó:

— ¡Muchachos! Vosotros coméis mi arroz y lleváis mis vestidos, y a pesar de esto sois perezosos. ¡Vamos! ¡De prisa! ¡Doblad esta cuerda! ¡Poned cada cosa en su sitio! ¿Qué hacéis ahí sentados sin ocuparos en nada?

Eran exactamente las mismas palabras que Liu dijera a Sung el primer día que entró en el barco. Yi-tchuán sentía aumentarse la convicción de que tenía delante a su esposo. Aún se aumentó más cuando el forastero dijo a Liu:

— Tú tienes un sombrero viejo en lo alto de tu camarote; préstamelo.

La infeliz viuda indicó a su padre su sospecha de que aquel comerciante opulento

era su marido, el abandonado Sung. El padre trató de disuadirla.

— La carne y los huesos de aquel miserable deben estar ya consumidos, y en el caso poco probable de que no se hubiera muerto, se vería reducido a mendigar su pan. Cálmate y reflexiona dónde hubiera podido adquirir estas riquezas.

La madre intervino para reprocharle que antes quisiera a todo trance permanecer viuda, y ahora, al ver a un señor rico, tratase de reconocer en él a su marido; y la advirtió de la vergüenza que pasaría si el forastero no la conociese. Yi-tchuán quedó confundida.

Entonces Liu habló aparte con su esposa y la comunicó los deseos del opulento Tsian de casarse con su hija, y lo conveniente que sería para ellos tal boda. La madre convino en que debían hablar con el rico forastero.

La conversación fué interesante. Liu preguntó al supuesto Tsian si era cierto que llevaba tres años viudo; Tsian trató de saber cómo había muerto el yerno de Liu. Y cuando oyó el relato del abandono de Sung en un paraje desierto y la seguridad en que estaban de que había muerto, habló así:

— Tu yerno no ha muerto; encontró un personaje extraordinario que le curó su enfermedad y ha llegado a ser excesivamente rico. Si quieres tener una entrevista con él, ruega a su esposa amada que venga.

Yi-tchuán, que lo había escuchado todo, prorrumpió en sollozos, diciendo:

— ¡Corazón frío, hombre insensato! Yo he llevado luto tres años; he sufrido mil trabajos y mil tormentos por tu causa y ahora tú no te acabas de explicar... ¿Quién eres? ¿Qué esperas?

Sung-kin, con lágrimas en los ojos, la llamó:

— ¡Ven, querida esposa; ven que yo te vea!

Ambos se confundieron en un abrazo.

* * *

Liu y su esposa pidieron perdón humildemente a su hijo por su mala acción; él se lo otorgó de buen grado, merced a la intervención de su esposa, que observó que gracias a haberlo abandonado se había enriquecido. Sung los llevó a su casa de Nankín, donde pasaron el resto de sus días tranquilamente.

Yi-tchuán aprendió y siguió las doctrinas de Fo, que su esposo practicara. El marido y la mujer repetían cada día una plegaria y así veían acercarse la vejez. Más de ochen-

— ¡Querida esposa, ven a mis brazos! — exclamó Sung-kin.

ta años tenían cuando murieron, sin haber sufrido jamás una enfermedad. Sus hijos y sus nietos vivieron en Nankín, gozando de una abundante posición.

ÍNDICE

Páginas.

LAS PROMESAS DEL INGRATO..... 7
EL ESPOSO ABANDONADO..... 77

3 0081 013 270 941